



*Memoria
de Alcántara*

N. de la R.

En esta sección se rescatarán textos y documentos significativos de la «Memoria de *Alcántara*», bien de sus fundadores o de señeros colaboradores de anteriores épocas.

D. ANTONIO RODRÍGUEZ-MOÑINO Y LA REVISTA «ALCÁNTARA»

Se conmemora en el presente año el centenario del nacimiento de don Antonio Rodríguez-Moñino y Rodríguez. En efecto, el día 14 de marzo de 1910 nace en Calzadilla de los Barros (Badajoz) este hombre eminente que tuvo como ocupación principal la bibliografía, sobre todo literaria, y a cuya sabiduría debemos avances decisivos en el conocimiento de nuestra historia literaria, tales sus aportaciones eruditas, textuales y bibliográficas a la lírica española de los siglos XV, XVI y XVII («*Silva de varios romances*», «*Diccionario de pliegos poéticos del s. XVI*», «*Construcción crítica y realidad histórica en la poesía española de los ss. XVI y XVII*», «*Diccionario bibliográfico de pliegos sueltos [s. XVI]*», «*Manual bibliográfico de Cancioneros y Romances, ss. XVI y XVII*...»); pero junto al descubrimiento y descripción de libros y documentos, también de obras de arte o arqueológicas desconocidas u olvidadas que supo integrar en nuestra historia cultural. Además de impulsor de empeños editoriales memorables —el más decisivo para él la Editorial Castalia—, mentor de no pocos escritores a través de la Revista Española nacida en el madrileño Café Lyon donde tenía establecida su tertulia diaria, docente como catedrático de Instituto y finalmente en la estadounidense Universidad de Berkeley o académico de la Real de la Lengua, la vida de este intelectual, consagrada a la investigación y a la salvaguarda y conservación de buena parte del patrimonio escrito, artístico



Don Antonio Rodríguez-Moñino

y documental de España, se vio salpicada de episodios dramáticos con riesgo incluso de muerte: sufrió persecución, fue sometido a un consejo de guerra, fue objeto de depuración política, vetado oficialmente, víctima en fin de la envidia y del odio por el único pecado de permanecer fiel a la ideología liberal y republicana.

Ejerció siempre un activo extremeñismo como dejan patente sus numerosos trabajos dedicados a temas de Extremadura (*«Historia de la literatura extremeña»*, *«La imprenta en Extremadura»*, *«Los poetas extremeños del s. XVI»*, *«Dictados tópicos de Extremadura»*...), su relación con el Instituto de Estudios Extremeños y con numerosos intelectuales paisanos o, en fin, la generosa donación a la Biblioteca Pública de Cáceres, el año 1952, de una porción importante de sus libros, unos setecientos, los dedicados a asuntos de Extremadura entre los que figuran ejemplares únicos de enorme valor, donación que ratificó años más tarde, en 1995, su esposa D.^a María Brey en sus disposiciones testamentarias, movidos ambos por la única razón de la admiración, respeto y cordialidad que Cáceres guardó hacia sus personas.

A este excepcional vínculo entre don Antonio RodríguezMoñino y Cáceres hay que sumar el más temprano con la Revista «Alcántara», cuando en plena juventud publicara dos trabajos *«Vuelta a empezar»* y *«Primeras actividades pictóricas del Divino Morales (1546-1558)»* y *«Cinco poemas viejos (1927-1933)»*, que se recogen en las siguientes páginas junto con las colaboraciones que conformaron el volumen-homenaje que «Alcántara» dedicó sólo unos meses después del fallecimiento de Moñino acaecido en Madrid el 20 de junio de 1971. Al reeditarlos «Alcántara» se une a otras iniciativas singulares de la Excma. Diputación Provincial de Cáceres en recuerdo y honra del ilustre bibliógrafo y bibliófilo extremeño.

Teófilo González Porras

LETRAS

Vuelta a empezar ⁽¹⁾

POR ANTONIO RODRIGUEZ-MOÑINO

(FRAGMENTO DE UNA CARTA DIRIGIDA AL NONNATO GRUPO DE
AMIGOS DE BADAJOZ, LA CUAL NO TIENE RELACION DIRECTA
CON EL CONTENIDO DEL PRESENTE LIBRO)

.....

Tiene su sino el pasado badajoceno anterior al siglo XIX. Parece como si una capa impermeable y opaca cubriera toda su extensión cronológica, dejando tan solo sobresalir cuatro o cinco machones a los que, invariablemente, amarran su barca los contados eruditos que se ocupan de nuestras cosas: una colección de tópicos señeros, alrededor de los cuales no hay nada. Así, en lo histórico, del Reino árabe de Badajoz pasamos a los Bejaranos y Portugaleses y de aquí a los Conquistadores para saltar desde ellos hasta Godoy.

En lo artístico sucede exactamente igual. Repasando los repertorios más usuales solo apreciamos los nombres de Morales *el Divino*, y Zurbarán. Quien más ahonda, airea las viejas noticias de Ponz, Palomino, Ceán, Mures, Estrada, Rubiales. Y en torno a estos verdaderos tópicos, un silencio desconcertante, cuando no una fantasía desbordada. Parece como si nuestro pueblo no tuviera historia, como si no tuviera literatura, como si no hubiera producido artistas.

Claro está que los autores de obras de conjunto no pueden descender al detalle y realizar labor investigadora para cada uno de los párrafos de sus libros respectivos. Estos no pueden hacerse sino a base de monografías espe-

(1) Prólogo del libro «Don Iñigo Antonio de Arguello Carvajal (1622-1685)».—Badajoz, 1947.

ciales fundamentalmente logradas por la erudición regional o local. Sin una labor poco brillante de exhumación de datos escondidos.

Desgraciadamente en Badajoz padecemos desde hace muchos años la enfermedad de la síntesis y las grandiosas construcciones. Por sistema se desdén descender hasta el modesto papel de archivo o el poco atildado infolio de biblioteca y suele acometerse la preparación de un estudio psicológico global, a base de vaguedades infundadas. Todo lo que no sea ésto se mira con un poco de conmisericordioso desdén.

Esta posición, muy propia y característica de una época del siglo pasado, ha sido superada ya en todas partes, menos en la nuestra. Cuando hace treinta o cuarenta años reaccionaron las investigaciones regionales, acaso de una manera algo excesiva, y prefirieron la búsqueda de lo inédito, seguimos divagando amenamente sobre nuestros magníficos tópicos: Morales, los Conquistadores, Godoy. Y al cabo del tiempo en la mayor parte de España se va forjando, lentamente, el acervo de la aportación a lo nacional a base de datos seguros, indestructibles, se va perfilando el pasado de cada región, provincia o pueblo y se posibilita el estudio de conjunto de la historia, literatura o arte españoles.

Pero como nosotros no hemos hecho más que discurrir—muy lírica, muy evocadoramente, eso sí—, sobre nuestros valores universales, o al menos sobre los que por tales tenemos, nos encontramos con las manos vacías y defendiendo a capa y espada unos conceptos trasnochados. La media docena de monografías verdaderamente buenas que se han redactado sobre temas badajoceros anteriores al siglo XIX en los veinte últimos años son obra de personas estudiosas que han huído de las evocaciones líricas y vacías de contenidos: destacantes Matías Ramón Martínez, Jesús Rincón, Tirso Lozano.

Ahí están intactos nuestros archivos, públicos y particulares, esperando que a algún paisano se le ocurra contrastar lo que escribe con los documentos mismos. Pero esto es tarea erudita, de faquín, poco propia para los brillantes expositores de un supuesto pasado. Solamente a esta subversión total de conceptos en lo que se refiere a investigaciones biográficas se debe el curiosísimo hecho de un escritor, natural y vecino de Badajoz, que imprime año tras año artículos biográficos sobre un ilustre paisano, llenos de cábalas, conjeturas y suposiciones. Y lo verdaderamente notable es que al principio de la calle en que vive hay un archivo con documentos inéditos para esclarecer las dudas... ¡y al desembocar de la propia calle, otro!

A nuestro modo de ver, si los amigos de Badajoz, los que vemos en el pasado de la ciudad algo que enraíza en lo íntimo de nuestros predecesores, algo en lo que los nuestros han tomado parte, han forjado y han sido, a su vez, moldeados por ello, queremos que la verdadera y gloriosa historia badajocera salga a la luz pública y que la aportación de la tierra a la hechura y cultura nacional sea conocida, hemos de frenar este exceso imaginativo y virar seca, violentamente, en el camino.

Tenemos que retroceder cincuenta años y recoger la herencia de Vicente Barrantes. No quiere esto decir que aceptemos por bueno todo lo que Barrantes hizo, no. Lo que hemos de ver en su obra es lo planeado más que la realización. El anhelo de dotar a Extremadura de un instrumento bibliográfico y documental imprescindible antes de escribir una sola línea de construcción histórica.

Se nos plantean tres problemas urgentes. El primero es el de las excavaciones. Encierra Badajoz tal cúmulo de sorpresas arqueológicas que en cualquier parte que se arañe el suelo surgen vestigios importantísimos. Prueban hasta la saciedad estas indicaciones los trabajos que en silencio, sin ayuda de nadie, contra viento y marea, realiza desde hace años don Jesús Cánovas Pessini.

Pavimentos de mosaicos tetracromáticos, pantano romano de Las Tomas; maravillosa colección de mármoles visigodos que están diciendo a gritos el brillante pasado cristiano; lápidas completas y fragmentarias árabes que hoy se exhiben en el pequeño museo arqueológico local; lienzos medievales de muralla; interesantísimos hallazgos de construcciones militares más modernas (arco, escaleras, pasadizo, etc.) junto a la Galera, etc. Todo ello nos acucia a emprender una campaña sistemática y ordenada de exploración del suelo. No hablemos de la necrópolis prehistórica frente al Molino de la Tarasca, descubierta por don Benigno Pradilla y que se ha destruido en medio de la indiferencia y de la chacota de quienes más obligación tenían de velar por su seguridad y por su estudio científico y técnico.

La segunda tarea que se nos presenta es la de publicar una colección de documentos inéditos o poco conocidos útiles para la historia local. Día a día se están perdiendo textos valiosísimos por la incuria o el desinterés de sus propietarios: la ley permite a un inculto poseedor hacer lo que quiera con los documentos de sus antepasados, hasta tirarlos a la basura. Nuestro deber es copiar y editar esos valiosos testimonios de la biografía y la historia. Los fondos todavía ricos de la Catedral, nunca negados a quien con deseo de estudiar solicitó su consulta, son un buen filón para empezar. Y los de Protocolos, donde está viva la ciudad desde 1562. Y los del Ayuntamiento, que arrancan de los últimos años del siglo XVI. Dato curioso: el Ayuntamiento de Badajoz es el único, entre las capitales españolas, que no ha hecho ni una sola publicación de documentos históricos de su archivo. Cáceres, con el espléndido volumen de Ulloa Golfín—en pleno siglo XVII!—, con el catálogo de fondos históricos, hecho por Floriano, nos enorgullece como extremeños, nos avergüenza como ejemplo no seguido. Mientras no conozcamos y podamos leer los documentos, es inútil que queramos hacer nada serio.

Tercera labor imprescindible e inexcusable es el inventario de la riqueza artística que aún se conserva en nuestra ciudad. Lo más completo hasta la fecha son las cincuenta páginas (162 números) que figuran en el *Catálogo Monumental* del benemérito don José Ramón Mélida: de ellas 27 están consagradas a la Catedral y en 12 se inventaría *todo* lo que de artístico o arqueológico existe en la capital de la provincia, pues las 11 restantes están dedicadas al Museo. Todos los que hemos visto Badajoz sabemos que hay casas particulares que por sí solas darían motivo para llenar con la enumeración de sus primores algo más que esas doce páginas. No ha de quedar—siempre que sea posible—objeto sin su correspondiente cédula descriptiva.

Esto hemos de hacer. La tarea requiere desinterés y sacrificio y él es incompatible con la comodidad del *dolce far niente* y con la delictiva—delito de lesa—cultura pérdida de tiempo. Y también es incompatible—violentamente incompatible—con la posición de quienes no aspiran en estos trabajos más que a lograr satisfacción de vanidades, premios honoríficos o migajuelas presupuestales.

• En provecho de un mejor conocimiento del pasado de nuestra ciudad

tenemos que despojarnos voluntaria y alegremente del doctoral empaque con que hasta aquí, oraculescamente, se ha actuado por algunos. Hay que perforar la capa de tierra que cubre los monumentos y aventar la de polvo que tapa los papeles aún existentes. Y sacar a la luz datos, muchos datos de todos los calibres: tiempo habrá de construir con ellos. Quizá no llegue nuestra generación—o nuestro grupo—a tener la fortuna de poderlos emplear, pero otros vendrán a recoger el fruto: en el fondo lo que importa no es la satisfacción de la vanidad, sino el servicio que se presta a la gloria del pasado.

Volvámos, pues, modestamente, al terreno familiar. Exhumemos, conozcamos y valoremos todas las *teselas* del gran mosaico constituido por nuestra aportación a la cultura, al arte y a la historia española. Solamente así conseguiremos hacer algo serio y Badajoz dejará de ser en los libros nacionales una expresión geográfica sin presencia real. Solo después de múltiples trabajos parciales, humildes si se quiere, podrá conocerse en su integridad global nuestra brillante tradición.

Mientras no se haga todo esto, es inútil intentar una labor sólida. La famosa *Psicología extremeña*, escrita sin conocer apenas media docena de hechos y nombres gloriosos, sin una raíz histórica honda, sin una comprobación documental copiosa, será todo lo que se quiera menos una tarea seriamente hecha.

· Será comenzar la Iglesia por la espadaña.

Reaccionemos contra todo eso.

Vuelta a empezar..

N. de la R.

Han pasado cuatro años desde que este «Prólogo», del ilustre erudito Rodríguez-Moñino, se publicó. Todo sigue igual. Durmiendo en el abandono. Nosotros fieles a lo que en él se dice lo damos hoy uniendo a su llamada la nuestra, con la esperanza de ser oídos.

PRIMERAS ACTIVIDADES PICTORICAS DEL DIVINO MORALES (1546-1558)⁽¹⁾

Por A. RODRÍGUEZ-MOÑINO

MORALES se nos aparece en el palenque artístico con plena formación técnica aunque todavía vacilante en el camino a escoger. El pincel está firme y seguro, pero el artista no ha hallado aún la senda que encauce definitivamente sus fervores estéticos. Para su fortuna no será una sola la ancha vía que recorra gloriosamente sino que la diversidad de las modalidades con las cuales adquiere y comunica la emoción temblorosa y dolorida de su misticismo, ocasionará el que se le llame el más ecléctico de nuestros pintores.

Le vemos en 1546 intervenir en las obras que se realizan en la Catedral de Badajoz, en compañía de algunos artistas conterráneos, con motivo de las transformaciones arquitectónicas de un lienzo de ella para abrir la puerta que se puso bajo la advocación de San Blas. Entre los gastos menudos del mayordomo de fábrica correspondientes al año 1546 una partida expresa que dió «a Morales, pintor, cuatro reales porque pintó la claraboya de la puerta del señor Sant Blas».

Tiene para nosotros una significación interesante esta partida, tanto por tratarse del más antiguo documento que cita al pintor (inédito hasta ahora) como por ser el único trabajo que por entonces realiza oficialmente para la Catedral y de una importancia muy secundaria. Es Francisco Flores, quien hasta aquella fecha goza de la confianza artística de los canónigos, los cuales el año 43 le pagan 8.477 mrs. por una comisión y el 46, entre otras cantidades menores, 34 ducados por la pintura de un tablero para la pila bautismal.

Nuestro Morales recibe un encargo de escasa importancia; y esto nos confirma en la creencia de que era joven, casi desconocido y que muy poco antes de esa fecha debió de iniciar en Badajoz el ejercicio de su arte. Hay una interrupción de cinco años hasta que el Cabildo le haga un nuevo encargo, pero para entonces Morales se ha impuesto y es él quien tasa las obras de los demás pintores. Ya lo veremos.

Volvamos al año 46, que si es el del más antiguo documento es también el de la primer (y única) obra fechada del artista, otro dato más para suponer que fuese su iniciación profesional.

A 1546 hay que referir la pintura de unos cuadros para la Parroquia de la Concepción instalada en el siglo XVI en el Hospital del

(1) Notas para un capítulo del libro inédito *El Divino Morales*.

mismo nombre. Don Antonio Ponz, que es el primero que los cita, advierte que son los retablos colaterales de la Iglesia, con figuras de cuerpo entero, una tabla en cada uno de ellos, representando la primera a Jesucristo con la cruz al hombro y la segunda a Santa Ana y San Joaquín abrazándose.

«Aseguro—decía el infatigable y docto viajero—que no he visto cosa mejor de dicho artifice, pues hay más soltura que la regular de sus obras, notable expresión y grandiosidad de las cabezas, gusto y buen partido de pliegues, con lo demás que se requiere.»

Ninguna de estas pinturas ha llegado hasta nosotros, ni hemos podido rastrear por cuentas y libros de fábrica su probable paradero. No ha sucedido así con el tercero de los cuadros que se conservaban en la referida Iglesia, conocido tradicionalmente con el nombre de la *Virgen del Pajarito*.

Representa a la madre de Dios sentada, sosteniendo a Jesús con la mano izquierda mientras con la derecha, primorosamente modelada, sujeta un hilo a cuyo extremo está atada una oropéndola que atrae la mirada del niño, a quien la madre contempla amorosamente.

Todo nos dice en este cuadro que estamos en presencia de la obra juvenil de un enamorado de la técnica rafaelista y leonardesca, con sus delicadísimas interpretaciones femeninas y el agradable *sfumato* que evita los contornos duros y las aristas vivas. Cierta ingenuidad en la colocación de las figuras, demasiado modelo y falta de atrevimiento al atacar el fondo, acusan un artista aún no formado plenamente pero a punto de alcanzar la meta de la delicadeza y de la expresividad en las figuras humanas.

Una cartela encierra el número 1546 que sin duda se refiere al en que Morales realizó la obra. Conservada muchos años en su primitivo emplazamiento, sufrió la agresiva intervención de un restaurador que la estropeó bastante. Hasta 1834 estuvo en Badajoz pero al revisar el *Inventario* de los bienes de la Iglesia en 23 de Enero de 1839 y confrontarlo con el de 2 de Noviembre de 1835, se observó la falta de la tabla que, según advierte una nota de letra coetánea, «se vendió a Madrid».

En muchas publicaciones se ha atribuido la desaparición de este cuadro al ejército inglés en su campaña durante la Guerra de la Independencia: nada más falso, sin embargo, como documentalmente ha podido probarse.

A mediados del siglo XIX el pintor don Vicente Poleró pasó a lienzo la tabla, con lo cual acabó de estropearse bastante. Hoy figura en la colección de los herederos de Moret (Madrid).

Según una nota que comunicó don Antonio Floriano Cumbreño al Prof. Elías Tormo, hace bastantes años, en 1547 había contratado Morales la realización de ciertas obras para Cáceres, que no llegó a ejecutar.

Entre 1546 y 1550 coloca Berjano la pintura del retablo de la Casa Fuerte de las Herguijuelas de Arriba, existente hoy en Cáceres en poder de la familia Carvajal. No hay un solo documento de cierto

valor que atribuya estos cuadros a Morales, ni del examen de los mismos puede deducirse otra cosa sino que no tienen gran relación de semejanza con la técnica o la manera del maestro.

Nada más distante de la fina delicadeza de figuras ya conocida y apuntada, que la basta gordura y tosquedad reflejada en las tablas de la familia Carvajal, desproporcionadas y mal encajadas, obra de ruda minerva, sin gracia ni genio.

En cambio sí nos parecen de esa fecha, a juzgar por su factura todavía primitiva, tres tablas que posee en Cáceres la familia Montenegro, entre las que sobresale una de ellas por su limpieza de ejecución y por encajar dentro de la línea marcada por la *Piedad* de la Catedral de Badajoz y la soberbia de la Academia de San Fernando, siendo en cierto modo, a manera de un complemento de ellas. Bastará observar la proporción de figuras, la semejanza de ropajes y hasta la identidad de forma de las heridas de Cristo y manchas de los brazos.

Alrededor de 1549 debió de matrimoniar Luis de Morales con Leonor de Chaves. El nombre y el apellido de esta señora son bastante frecuentes en Badajoz en el siglo XVI y así se hace muy difícil señalar exactamente la procedencia familiar.

En 1563 encontramos a doña Leonor de Chaves, viuda de Juan de Silva; por entonces figura también otra doña Leonor de Chaves y Pinel, mayorazga de su casa, esposa de don Alonso Fernández Martel e hija de Juan de Chaves Tablada y Mencía Pinel; a fines del mismo siglo hay una doncella Leonor de Chaves que solicita curaduría por ser huérfana (en época en que estaban vivos Morales y su mujer) y rondando los últimos años del XVI y comienzos del XVII una devota señora llamada doña Leonor de Chaves deja diversas mandas y legados en su testamento a la Catedral de Badajoz.

Otra Leonor de Chaves hay, hija de Leonor Becerra y Francisco de Chaves, sobrina carnal del poderoso y rico Hernando Becerra de Moscoso. López Prudencio, en un jgoso y evocador trabajo ha identificado a esta Leonor con la esposa de Morales. Sin que aceptemos rotundamente el supuesto, creemos que es el más acertado. Las relaciones cordialísimas que mantienen los Becerra Moscoso con la familia de Morales, inclinan el ánimo de manera harto poderosa a estimar como muy probable la identificación.

En efecto, al nacer el primer hijo de Luis y Leonor, son sus padrinos Hernando Becerra y su esposa doña Isabel de Ribera, padrinazgo que se repite al bautizar el segundo. Ya veremos, en páginas siguientes, la frecuencia con que aparece Hernando Becerra en la vida de Luis Morales. La partida, pues, viene a reforzar esta suposición del escritor.

Hernando Becerra era una persona de gran viso e importancia en Badajoz, Regidor y Alférez Mayor, vivía en la calle que durante tres siglos llevó su nombre, hasta que modernamente se le puso el del poeta Meléndez Valdés. Del boato y riqueza de su casa nos da evocador y brillante reflejo la lectura del testamento de su segunda esposa Inés de Ribera, fallecida en 1571: baste saber que en una sola

de las mandas que deja a Hernando Becerra, figuran «Quinientas y cinco perlas con una poma de oro».

Este matrimonio, en unión de otro linajudo—Gerónimo de Tovar y doña Inés de Ribera—fueron los que apadrinaron al primero de los hijos de Morales: Jerónimo, bautizado en la Parroquia del Sagrario el 5 de Marzo de 1551.

Al año siguiente Morales trabaja para la Catedral de Badajoz, según anotaciones en los libros de fábrica, dos veces. En la primera tasó la obra realizada por su colega Francisco de Fleres al pintar unos atriles y ciriales para el altar mayor de la Iglesia, justipreciándola, con juramento, en 9.000 maravedís (26 reales y 16 maravedís al cambio). En 29 de Diciembre cobró nuestro pintor doce ducados, «por un mandamiento del señor Vicario porque pintó el guardapolvo del retablo de Santa María».

Vemos ya a Morales conceptuado como artista solvente hasta el punto de tasar la obra de un compañero anterior a él en el trabajo para la Catedral: al menos desde 1543 en que pintó, entre otras cosas, el retablo de la sala capitular.

A fines de 1553 debió de encargarse Morales de un trabajo de mayor envergadura que los que realizara hasta entonces. Tratábase de la pintura del retablo de la Capilla del Sagrario, colocada entonces detrás del altar mayor. El Magnífico Señor Licenciado Alonso Martínez, provisor, anunció a los Canónigos en 11 de Julio de 1554 que estaba terminada la obra y que nombrase el cabildo personas que juntamente con él apreciaran la valía material de lo hecho.

Comisionóse al Arcediano de Jerez para que con el Provisor viera la obra y la mandase tasar «y porque al presente Francisco de Hermosa, pintor, está absente desta cibdad, que para la tasación llamen a Francisco Flores, pintor, y si a los dos pareciere cosa conveniente para la tasa llamar a otros pintores, los hagan llamar».

Ninguno de los dos fué, sin embargo, el designado, sino que eligieron los reverendos a Diego Solano, el cual percibió seis reales por su tarea. A Morales se le dieron 26.838 maravedís, hechos efectivos en el mismo mes de Julio de 1554, según nota del libro de fábrica.

No hemos podido rastrear por los libros de visita ni por el testimonio de escritores qué cuadros integraran el retablo de la capilla del Sagrario. ¿Podían por ventura pertenecer a él cuatro de los cinco que aún se conservan en la Catedral, de los cuales hemos hecho ya mención? El San Jerónimo parece obra de mayor madurez en el artista que los restantes.

Para suponerlo así tenemos los datos de su factura pictórica: corresponden plenamente al estilo que se manifiesta en la *Virgen del Pajarito* y que—a nuestro modo de ver—caracteriza los primeros pasos del pintor.

También hay un dato de tipo negativo y es que *no* pertenecieron al Retablo de Santa Ana, obra de Morales de fecha indeterminada, puesto que a mediados del siglo XVIII, cuando aún existía intacto dicho retablo, se acusa la presencia de estos cuadros desmontados y figurando aisladamente.

Florentina, y no flamenca, es la construcción de la *Anunciación*, de la *Adoración* y de la *Piedad* de la Catedral de Badajoz, aunque en este último aparezca de tal modo recargado el fondo con multitud de elementos extraños y no concordantes con el motivo pictórico, que acuse con claridad la mano de un pintor fuertemente expresivo pero que aún no ha sabido aislar sus figuras—como lo hará más tarde—para producir la honda emoción por medio de ellas y exclusivamente de ellas.

Esta manera de tratar los fondos a base de ruinas de edificios clásicos la siente un artista enamorado, es cierto, de la pintura flamenca, pero educado en aulas italianas. Lo que de artificioso y falso tienen esos fondos aflora, más que en los pintores indígenas, en los seguidores de su escuela y así vemos, por ejemplo, la enorme semejanza existente entre esta *Piedad* del español-italianizante Morales y el *Descendimiento* del francés-italianizante Jean Cousin. En ambos existen idénticos elementos constructivos del paisaje con la diferencia de haber alterado la colocación: lo que en uno está a la derecha aparece en el otro a la izquierda. Pero la masa de tierra horadada, el edificio cupular de dos cuerpos, la gran puerta con arco de medio punto, etc., en los dos están.

El tipo de la *Virgen*, mujer madura, mayor naturalmente que el hijo, es de un verismo muy superior al de las restantes interpretaciones moralescas en las que María (v. gr., Polán, Vizconde del Parque) es tan joven como Cristo. Ciertamente es mucho más real el cuadro de Badajoz, pero también es cierto que nos producen mayor impresión estética y espiritual aquellas otras figuras estilizadas, hechas pura alma, del resto de sus cuadros con el mismo tema.

Pero si la *Piedad* de la Catedral es el único ejemplo de este tipo de composición y figuras al que no vuelve Morales, al menos en su obra conocida, salvo una sola vez (*) la *Anunciación* y la *Adoración* inician una construcción temática que no abandonará nuestro artista y que se manifiesta en los cuadros que pinta más tarde con el propio asunto.

Así vemos que la *Anunciación* de Badajoz se corresponde con levísimas variantes a lo que luego el maestro ha de pintar para Arroyo del Puerco y Plasencia y la *Adoración* presenta una gran semejanza con las de Arroyo y la que posee en Cáceres la familia de Carvajal.

Lo que en estos cuadros acusa más una técnica flamenca, radica, a nuestro modo de ver en el minucioso detallismo con que están

(*) Nos referimos al magnífico cuadro existente en la Academia de San Fernando que representa la *Piedad*. Allí la *Virgen* está representada algo más joven que en el de Badajoz, pero mayor que la que figura en las restantes interpretaciones moralescas del tema. El fondo está constituido por dos peñas solamente, el manto de la *Virgen* de color verdoso oscuro; la sangre muy viva y poco natural, exactamente lo mismo que en el cuadro de Badajoz, y en el *Descendimiento* de Cáceres, que citaremos más adelante. El ensamblaje de las cuatro tablas que constituyen el cuadro madrileño presenta la misma técnica que el de la Catedral de Badajoz: probablemente uno y otro obra de Jerónimo de Valencia o de Hans de Bruselas.

tratados los cabellos de las figuras. Las cabezas de Cristo y de los Reyes Magos sobre todo, patentizan el procedimiento de dibujo casi miniaturesco que proviene sin duda alguna de tierras norteñas. También a ella se debe la manera compacta y brillante de tratar las masas de color y el tono esmaltado que domina en la totalidad de los cuadros.

Destacantes dos condiciones que luego Morales ha de abandonar: el verismo y la realidad. El primero en la sujeción absoluta al conocimiento tradicional de las figuras (edad, aspecto, vestidos) y la realidad en las cabezas, y. gr., las de San Francisco y la Madre de Dios, arrancadas de un modelo vivo; la primera con las tosquedades de un recio campesino extremeño y la segunda con los rasgos típicos de una mujer hidalga del XVI español. Nótese la ausencia o atenuación del color rojo que Morales utilizará más tarde para vestir algunas de sus figuras.

En otra obra pictórica tenemos noticia de que trabajó Morales para la Catedral de Badajoz, según lo testifican las anotaciones correspondientes del libro de Actas. El Obispo don Juan Rodríguez de Fonseca, al ser nombrado para su diócesis, quiso iniciar en ella la devoción a la imagen de N.^a S.^a de la Antigua, que se veneraba en Sevilla e hizo (a fines del siglo XV) traer una excelente reproducción (en la que figura su retrato como donante) instalándola en la Catedral pacense.

Por lo visto con el transcurso de los años, a los sesenta se había ya estropeado mucho la tabla y hubo que restaurarla por cuanto el Cabildo concertó con Morales «la pintura de Nuestra Señora del Antigua» en veintiocho ducados, en la primera mitad del año 1554.

La labor de pintura le fué pagada en tres plazos, durante Julio y Agosto del 54 y la de dorado en 24 de Setiembre. Por cierto que en la partida en que se consigna esta última entrega, se hace constar asimismo el abono de 634 maravedís para satisfacer la deuda que con Morales tenía contraída la Catedral por novecientos ladrillos que le había prestado.

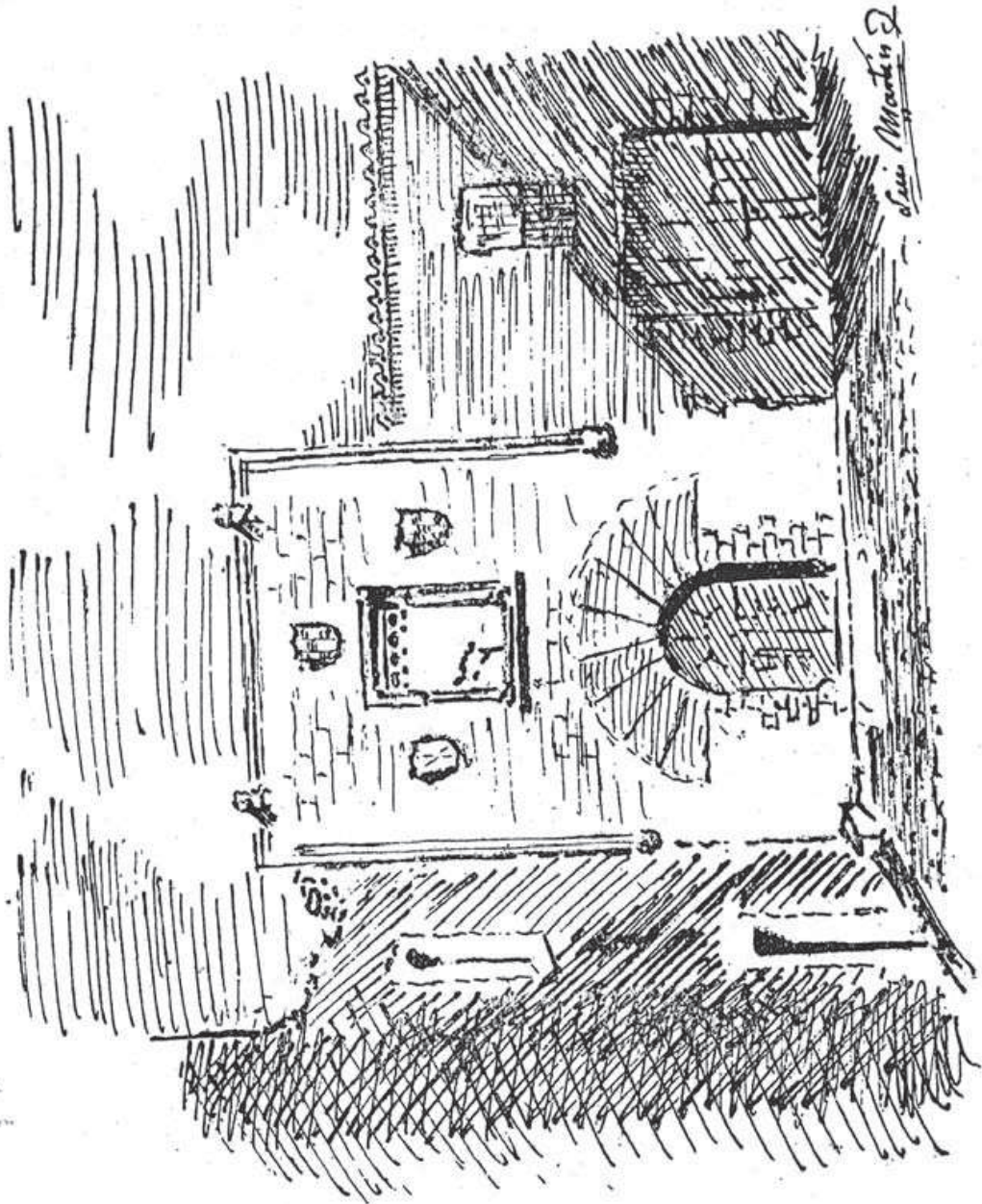
En la tabla, conservada hoy en el mismo sitio para el cual la destinó su donante, no se advierte en modo alguno huellas de remiendo o restauración, tan lograda y perfecta fué la labor del *Divino Morales*.

Un nuevo acrecentamiento tuvo la familia a finales de este año: la natividad del segundo hijo de Luis, al cual se le puso el nombre de Cristóbal. Fué bautizado en la Parroquia del Sagrario el día 22 de Noviembre de 1554 por el bachiller Gonzalo Sánchez, asistido del sacristán Pedro Mexía de Prado.

Los padrinos fueron dos de los mismos que actuaron en el bautizo de Jerónimo: Hernando Becerra de Moscoso y su mujer doña Inés de Ribera.

Al año siguiente (1555) tasa Morales una obra realizada por Francisco de Flores para la Catedral.

Se ha hablado y escrito de un retablo realizado por nuestro artista en 1558 para la Iglesia de San Andrés en Badajoz. Berjano



transcribe la inscripción que se hallaba en dicha Iglesia y que dice así: «Se hizo este retablo mayor en 1558 con las limosnas de los fieles, las que diera a la Parroquia S. M. el Rey N. S. y las del poderoso caballero Sr. Duque de Feria, patrón de la capilla. La pintura de los nueve cuadros es del nuestro Luis Morales, director de obras y maestro de las de la Catedral».

Al parecer este letrado—hoy desaparecido—hace relación a un gran sinóptico del XVI, sobre tabla, indudablemente posterior a esa fecha, que se conserva actualmente sobre la puerta de acceso a la Sacristía de la Parroquia.

Una simple ojeada basta para apreciar que no solo no es de Morales sino que no tiene trazas de ser obra de taller o discípulos: ninguna de las características del Maestro de Badajoz aparece en él. En cuanto al letrado creemos es falso a todas luces; la redacción en nada se ajusta al estilo de las inscripciones del siglo XVI y se dicen tales inexactitudes que la denuncian como apócrifa a cien leguas.

Ni Luis de Morales prescindió nunca de la partícula *de*, ni fué Maestro de Obras de la Catedral, ni en aquel tiempo era costumbre que el patronazgo de una capilla admitiese limosnas de fieles o suscripciones públicas. Y si se trataba de una *capilla* ¿cómo concordar esto con la indicación de *Retablo Mayor*? Todo esto acredita de apócrifa semejante atribución.

Quien por vez primera la consigna es Nicolás Díaz Pérez, fuente poco digna de confianza en cuestiones de historia regional; esto solo, hace verosímil—sin otra consideración—que estemos en presencia de un engaño. Hemos tratado muchas personas asíduas al templo citado (alguna desde hace más de 60 años) y ninguna la ha visto.

El estilo del letrado acusa una superchería que o pudo ser de Díaz Pérez o anterior. En este último caso no llega la antigüedad de la inscripción a remontar la segunda mitad del siglo XVIII, puesto que nos consta por los hermanos Estrada que en Badajoz se desconocía el nombre propio del pintor. Y si éste desconocimiento es disculpable en hombres no papelistas, que no se dedicaban a revolver archivos como el de la Catedral, es realmente inexplicable que ellos, aficionados a la pintura, no hubiesen entrado nunca en la Iglesia de San Andrés ni tratasen a nadie que hubiera visto tan destacante y llamativa leyenda.



CINCO POEMAS VIEJOS

(1927-1933)

Por A. RODRIGUEZ-MOÑINO

I

NO, NO, NO

Porque eres una clave de unitonas reservas,
porque brilla constante la lámpara encendida,
por el troquel perpetuo del beso de tu boca,
por el siempre rizado caracol del oído,
por la goma sin flexo de tus días sin iras,
por el solo monótono de aquel verso pulido
por ser virgen Prudente y no ser virgen Loca...

(¡Oh pérdida infinita de los días quebrados
y de las tempestades sobre llanos sin ríos...!)

1927

II

LIBERACION

Diez días te quise como diez banderas;
me dabas el cuerpo diciendo: ¡soy tuya!
(pero no lo eras).

El pardo felino de tu carne joven
y el ensueño uva de tus verdes ojos
luchaban angustias de entrega y desvío.
¡rosarios de lágrimas
desgranaban sombra los días sin rayos!

Pero, cuando amabas,
jarcias de deseos te unían a mí,
huracán en velas,
tempestad de espumas,
cimbreo de palmas,
cenefa de angustias,
dos alas en vuelo,
¡y una calma tan calma
luego!...

.....
.....

Te he querido diez días
pero ya no te quiero:
con angustiosos sonos
solo te quise el tiempo
en que fuiste flor roja
para el lúbrico incendio.

1933

III

NOCTURNO

Galápago de plata era la luna
que iba bebiendo un azulón de nubes.

Tú,
junto a mí, tendida,
cruzabas los dos brazos debajo de la nuca
con abandono laxo: la noche te embrujaba.

Ambas aguamarinas de tus ojos
fingían un incendio de esmeraldas,
de sardios o turquesas,
según como
la luna te miraba.

El campo en un etíope silencio reposaba:
solo un gallo
alzó en la madrugada
las diamantinas puntas de su hiel acerada...
¡despertó nuestro amor su somnolencia,
le mintieron tus ojos alboradas!

Yo
te miraba
apoyando los codos en los muslos,
en las manos la cara
y dejando volar el bando rápido
de mi contemplación autodidacta.

Estabas a mis pies, humanamente
oro, berilo, grana
y el color de la carne
—color de madrugada—.

Era serena y púdica tu actitud:
una ninfa pagana
a quien bicorne Pan no consiguiese
raptar a la enramada
y que cayó, rendida de cansancio
cerca del agua clara
del surtidor
que fluye
cristal,
espuma,
nácar...

.....
.....

Tejían las estrellas
su Manto de Penélope infinito,
la noche estremecía
aromas de perfumes encendidos...

1933.



ALBUM EXTREMEÑO: Ermita del «Cristu Benditu», en Guijo de Granadilla, reconstruída y ampliada y que al cumplirse los cuarenta y cuatro años de la muerte del poeta Gabriel y Galán, que en ella se inspirase, ha sido abierta solemnemente al culto el día 27 del pasado Febrero

IV

ROBINSON DE BIBLIOTECAS

Robinson de bibliotecas
 aquel rincón erá mío.
 ¡Cuántas y cuántas sonatas
 de divergentes flechazos
 tamizaron el cerebro
 en tan gratas soledades!
 (Almohadón para mis vivas
 fantasías y reflejos).
 Proyectaba la mirada
 sobre el marfil de las hojas
 y veía
 negras hormigas de ensueño
 hieráticas, pétreas, mudas,
 que a mi voluntad marchaban
 de la izquierda a la derecha
 en zig-zag abrumadores
 como agujas de clarín:
 una y diez y mil y ciento,
 ciento y una y diez y mil.
 Aquel rincón era mío:
 ebrio de conversaciones,
 ansioso de soledades,
 —¡santo desprecio a capillas,
 a tertulias, a rebaños!—

1932.

me reservaba yo mismo
 para el íntimo rincón.
 Nunca nadie vino a verlo.
 Nunca salutare manos
 desembozaron la capa
 de mis lecturas devotas.
 Soledad: has sido mía:
 en mi rincón te gocé
 sin verte y sin estrecharte,
 sin jadeos y sin lucha;
 casta fué la posesión,
 ni te ví ni te ofreciste,
 pero con ansias de ensueño
 en congoja de ideales
 sentí tu mano de plata
 resbalar sobre mi frente.
 Desde entonces, sobre el fruto
 de mi corazón maduro,
 siento posarse las hojas
 pulposas de tus diez dedos.
 Soledad: has sido mía.
 (Pero ya seré tu esclavo
 toda la vida).

y V

EPICEDIO POR LA MUERTE DE DAFNIS

*Extintum Nymphae...*Virg. *Egloga* V.

Quejábanse las Ninfas lastimeras
 llorando la cruel y triste suerte
 que Dafnis—el pastor amado—tuvo.
 Testigos fueron de esto los arroyos
 que bulliciosos corren por el valle,
 los árboles frondosos y las flores
 que—¡desdichado!—ya jamás vería.
 Arroyuelos, arbustos, florecillas,
 fuertes robles y finas amapolas
 el llanto de las Ninfas compartieron.
 Mientras—sombria y triste—¡oh cara Madre!,
 dos lágrimas ardiendo en sus pupilas
 y otras dos macerando sus mejillas,
 miraba al Hijo muerto entre sus brazos.
 Conteniendo un sollozo que quemaba
 el pecho y la garganta enronquecía,
 con voz entrecortada pero dura,
 a los Dioses y al Hadó inexorable,

a la Fortuna ciega, poderosa,
y a los Cielos de crueles acusaba
mirando triste al Hijo tan amado.
El corazón preñado de dolores
y de angustias la voz, así la Madre
en presencia del Hijo se quejaba:

—«¡Dulce Dafnis: no hubo en estos días,
por la pena y dolor desfallecido,
ganado alguno que a ribera fuese
a pacer mansamente blanda yerba,
tiernas matas jugosas ni otro pasto;
ninguno beber quiso: prefirieron
a las corrientes aguas cristalinas
el vaso de sus lágrimas colmado
despreciando al arroyo bullicioso.
Porque se dice que en a largo llanto
han deshecho las fieras sus instintos
y en la selva se ven los africanos
leones, tristemente acobardados,
los pasos recorrer que acostumbrabas.

Los árboles frondosos bien parecen
cuando su desnudez de machos cubren,
ciñéndolos, las vides femeninas:
que a las vides los pámpanos sensuales
tanta gracia le dan cuanta hermosura.

El toro musculoso, bien plantado,
de lámina impecable y finos cascos
con que sostiene su gallarda estampa
que rematan las astas puntiagudas,
honra todo un rebaño, que las vacas
sin él no lucen ni descuellan tanto.
Y las mieses que todo el campo cubren
velando lo parduzco de la tierra
le dan un tinte pálido y dorado.

Así como en los árboles las vides
y en los rebaños el apuesto toro
y en la pelada tierra el sano trigo
resplandecen y dan más ornamento
a cuanto les rodea, así tú, Dafnis,
hacías resaltar y avalorabas
lo que tuviste siempre en torno tuyo.

Mas—¡ay!—ya nuestra dicha fué perdida:
¡ya no queda esperanza de que vuelvas!
Ni a Palas ni al gran Febo, entristecidos,
en las campiñas hemos visto rientes:
¡ya no quieren morar entre nosotros
ni quieren habitar nuestros hogares!

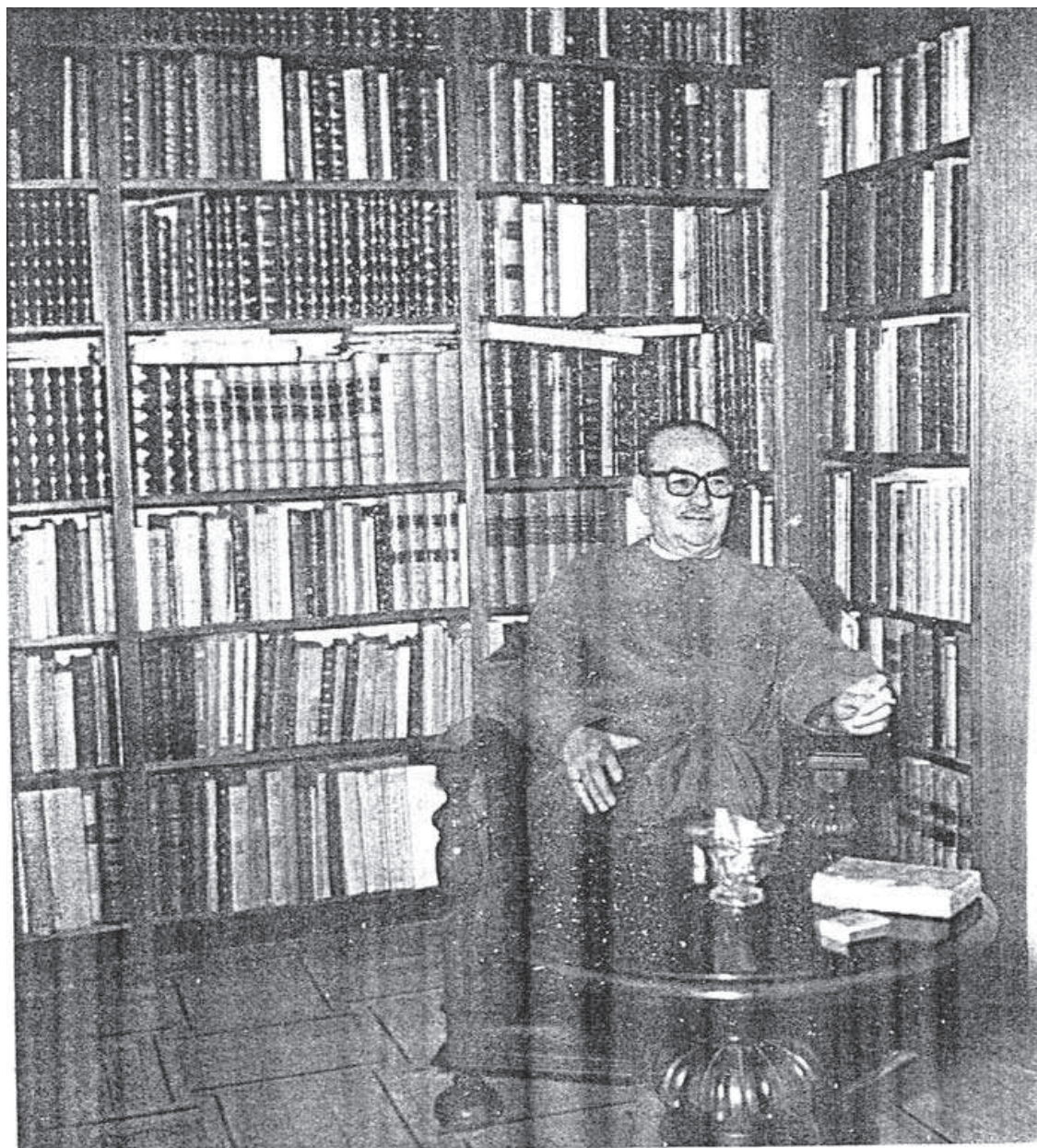
Por ello, en vez del trigo y la cebada
de que cuajamos surcos bien profundos,
nacen desparramados por los campos
cardos y malas yerbas. Los espinos
muestran su seca desnudez y ahogan
con sus raíces los jacintos tiernos,
las amapolas y las campanillas
que antes nos alegraban con sus tonos,

¡Pastores de los campos y los valles,
no lloreis y enluteis vuestras cabañas
ni en la esperanza inútil, congojosos
busqueis remedio! Recoged las flores,
jazmines, heliotropos, lirios, rosas,

claveles, pimpinelas, mirto, olivas,
sacro laurel, jacintos y romeros,
y cuando vuestros carros vengan llenos
al caer de la tarde, cuando todas
las flores hayan sido colectadas,
esparcidlas por llanos y por cerros,
por peñas y por riscos esparcidlas
y el campo recubrid con una alfombra
tupida y olorosa. Y cuando todo
esté lleno de gratos y suaves
perfumes y la tierra no se vea,
en la quiebra más rústica que halláreis
y al lado de la fuente más sonora
un túmulo elevad de Dafnis digno
que así quiere mi amor ser sepultado.
Y en una lisa piedra bien cortada
grabad fuerte la letra de estos versos:
*He sido Dafnis: el pastor más bello
en este valle y en estas selvas criado
y el de rebaño más lucido y fuerte.
Mi fama hasta los cielos ha llegado
provocando la envidia de la muerte
y aquí estoy, bajo piedra, sepultado.»*

Agosto, 1931.





Antonio Rodríguez-Moñino en su gabinete de trabajo



ALCANTARA

D. Legal CC-26-1958

Año XXVI

OCTUBRE-NOVIEMBRE-DICIEMBRE 1970

Núm. 161

Antonio Rodríguez-Moñino



L 20 de Junio de este año dejaba de existir en Madrid el maestro Rodríguez-Moñino. La pérdida que para la cultura patria y más aun para la regional representa este suceso es tan incalculable como indescriptible el doloroso estupor que ha producido en cuantos tuvieron la suerte de trabajar con él o de recibir cualquier lección suya, porque el timbre de señorío intelectual que imprimía en la más corta conversación o escrito, se grababa en el alma del interlocutor para siempre.

Ya en los dos últimos números, nuestra revista dedicó algunas líneas a este infausto suceso, prometiendo que en fecha próxima rendiría un proporcionado homenaje a la memoria del que fue inimitable maestro, hombre íntegro y amigo leal. Cumplimos esta promesa ofreciendo al lector como corona póstuma una selección de escritos que recuerdan su persona y su obra, debidos a ilustres personalidades que con el desaparecido compartieron el trabajo y la amistad, todo ello precedido de unas cortas pero obligadas notas biográficas.

Antonio Rodríguez-Moñino y Rodríguez había nacido en el badajocense pueblo de Calzadilla de los Barros el 14 de Marzo de 1910. Muy pronto apuntó su vocación a las letras, publicando su primer artículo a los catorce años en un periódico de Badajoz. A los quince había trabajado en la Biblioteca de El Escorial y compuesto un trabajo de investigación. Solamente madrugando de esta manera pudo haber llevado a cabo en una vida no dema-

siado larga una labor intensa como pocas. En 1926, recién creado el Centro de Estudios Extremeños, Rodríguez-Moñino forma parte de él como fundador. En 1933, o sea a los 23 años, obtiene en la Universidad de Madrid la doble licenciatura de Filosofía y Letras y de Derecho; de la primera se doctoraría más tarde en Salamanca. Pero mucho antes, siendo simple estudiante, era ya miembro correspondiente de dos academias provinciales, la de Málaga y la de Cádiz. En 1935 obtiene la cátedra de Lengua y Literatura españolas para el Instituto de Orihuela y luego para el de Bilbao. Esta especialidad va a ser en lo sucesivo la suya esencial y en ella sobresaldrá dedicando desde el final de la guerra su enorme capacidad de trabajo a la bibliografía, al estudio de los clásicos, a la edición de libros o manuscritos antiguos importantes. Torres Naharro, Solano de Figueroa, Sánchez de Badajoz, Francisco de Xerez, Arias Montano, Cristóbal de Mesa, Bartolomé J. Gallardo, Cristóbal Suárez de Figueroa, Ascensio de Morales, Luis Zapata, Luisa de Carvajal, Meléndez Valdés, Sánchez Galindo, Vasco Díaz Tanco y otros ingenios españoles, muchos de ellos extremeños, alcanzan conocimiento y notoriedad merced a las concienzudas y pulcras ediciones de Rodríguez-Moñino. No es nada extraño que la Real Academia Española le nombre correspondiente en Extremadura (esta corporación sólo designa un representante por región) en 1952. En el mismo año lega su valiosa colección de libros sobre Extremadura a la Biblioteca Provincial de Cáceres, donde todos hemos podido utilizarla.

Pero la obra de Rodríguez-Moñino va a alcanzar su proyección y eficacia máxima en tierras extranjeras, donde se convierte en maestro y fuente insustituible de hispanistas. La *Hispanic Society of América* de Nueva York le acoge como miembro de número en 1955 y en 1960 le elige Vicepresidente. Su labor de hispanismo literario allende las fronteras es insuperable, sobre todo en los Estados Unidos, donde las Universidades de Los Angeles, Santa Bárbara, Albuquerque, Wisconsin, Illinois, Michigan, Berkeley, Chicago, Columbia de Nueva York, Harvard y muchas más se honran escuchando su erudita palabra o le ofrecen cátedras de Literatura española, de un modo fijo en la californiana de Berkeley. También recorre, invitado por las más conspicuas asociaciones de historiadores y literatos, los países europeos: Bélgica, Portugal, Francia, etc. La Real Academia Española en fin, le recibe en su seno como miembro de número en 1966.

No es posible hacer aquí ni siquiera una somera reseña de las infinitas publicaciones y trabajos de Rodríguez-Moñino. Para una simple selección se hace difícil elegir qué es lo más importante de la magna obra en una forzosamente limitada nota como la presente. Citemos la edición de la *Crónica de Francisco de Xerez sobre la Conquista del Perú*, hecha en 1929; la *Bibliografía Hispano oriental de la Academia de la Historia*, con documentos referentes a China, Japón e Indochina; los conocidos *Dictados tópicos de Extremadura*, Badajoz, 1933; la gran obra *Los poetas extremeños del siglo XVI*, Badajoz, 1935. *Trabajos sobre epigrafía romana y visigótica en la «Revista del Centro de Estudios Extremeños»* en 1940 y 1941. *La Historia de la Literatura extremeña inserta en la misma revista en varios años*. *La Imprenta en Extremadura 1489-1800*, obra premiada por la Real Academia. *Ediciones en varios idiomas de la novela de Cervantes El celoso extremeño hechas en Valencia*, 1945; el *Epistolario de Francisco de Aldana*, Madrid, 1946; el *Catálogo de los documentos de América en la colección de la Real Academia de la Historia*; los *Estudios hispanoamericanos en homenaje a Hernán Cortes*, impreso en Badajoz. *El Catálogo de los manuscritos genealógicos de Blas de Salazar*, Valencia, 1952; *Extremadura en el siglo XVI: noticias de viajeros y geógrafos*, Badajoz, 1954; *Cancionerillos góticos castellanos*, Valencia, 1954, primero de una serie de *cancioneros, romances y villancicos del más subido interés*. *Diversos y repetidos estudios sobre la figura y las obras de Bartolomé José Gallardo*. *El Cancionero General de Hernando del Castillo de 1511*, reproducido en facsímil por encargo de la Real Academia Española y suplementado por otra edición de 1959; el valiosísimo *Diccionario geográfico popular de Extremadura*, Madrid, 1965, y el monumental *Catálogo de los manuscritos poéticos castellanos existentes en la biblioteca de la Hispanic Society*, hecho en colaboración con su esposa y compañera de tareas doña María Brey.

Con esta resumida selección de títulos no concluye el monumental acervo de trabajo de este insigne compatriota que ha fundado revistas, ha dirigido colecciones, ha formado bibliotecas y ha sido en fin, el maestro inigualable de tres generaciones de investigadores. Dejemos, pues, aquí nuestro examen y cedamos la palabra a sus amigos y colaboradores.

MOÑINO, Director de Colecciones de Libros



¿E ha notado alguna vez el gusto de Moñino por la formación de colecciones? Dentro de los casi secretos ámbitos de la querida afición, formó dos graciosas series para bibliófilos, cada una de diez tomitos, de autores extranjeros o españoles, muchos de ellos con prólogos y notas del propio director de la colección, y varios traducidos por su culta esposa, María Brey. En otra serie, que tituló *Cancioneros Españoles*, también de diez lindos tomitos, reprodujo cancioneros y cancionerillos de poco volumen, de los siglos XVI y XVII, la mayor parte de ellos cuidados, anotados y prologados por el propio Moñino (así el *Vergel de Amores*, el *Espejo de enamorados*, el *Cancionero gótico de Velázquez Dávila* y el *Enredo de amor*, *Guisadillo de amor* y el *Truhanesco*, de Timoneda, y los pliegos sueltos que titula *Cancionerillos góticos castellanos*). Otros tomos estuvieron encomendados a personas tan competentes como Margit Frenk Alatorre, Eugenio Asensio, José Manuel Blecua. La mayor parte de estos tomitos reproducen ejemplares únicos, es decir, aseguran ya la permanencia del texto para la posteridad. Otros diez volúmenes llevan el título general de *Floresta, Joyas poéticas españolas*: todos son de más cuerpo que los de la serie de que acabamos de hablar, y reproducen ejemplares únicos o de gran rareza. Varios de estos temas son muy importantes tesoros de poesía española. Moñino cuidó directamente y prologó con estudios minuciosos muchos de ellos (*Silva de varios romances*, 1561; *Cancionero llamado Flor de Enamorados*, 1562; —éste en colaboración con Daniel Devoto—; *Flor de Romances*, 1578; *Segunda parte del Cancionero General*, 1552; *Primera parte de los romances nuevos*, 1604; *Primera parte de la Silva de varios romances*, 1588).

Publicación de la Real Academia Española y muestra del colaborador trabajo de Moñino mientras era correspondiente de ella, es la serie de doce volúmenes que lleva por título *Las fuentes del Romancero General de 1600*. La portada de esta compilación de libros declara que en ésta «se contienen todos los Romances que andan impresos en las nueve partes de Romanceros». Esas partes que fueron a confluír en el *Romancero General de 1600* es lo reproducido por Moñino: cuando existen dos publicaciones bien diferenciadas con el mismo ordinal, da facsímil de las dos (así hace por ejemplo con las llamadas *Tercera de Madrid 1593* y *Tercera de Valencia 1593*). Cada tomo lleva una sucinta nota, y en todos, las pruebas fueron cuidadosamente vigiladas por su editor (considero más difícil la corrección de pruebas de facsímiles de libros de los siglos XVI y XVII, si se hace rigurosamente, que la corrección de la normal composición de imprenta).

Sería necesario hacer ahora una evocación de la figura de Antonio Rodríguez Moñino y de su gusto por las materias escritorias (el papel y la tinta) y por el libro como materia física, por el libro bello, el libro antiguo, el raro, y al final de esta escala, el conservado en ejemplar único; y su cuidado de los libros publicados por él, y también de las colecciones por él dirigidas. Observemos en conjunto las que acabamos de considerar: hay un tino y una delectación en buscar la proporción; cada serie comprende libros de un contenido semejante, de parecidas dimensiones y cada serie es limitada: de diez volúmenes cada una (en una ocasión doce) y todas resultan armónicamente unitarias porque todas tienen como centro el libro, criatura ideal, y todas a la par, contrastadas entre sí, tienen una razón de existencia propia. Resulta, pues, que para acercarnos, no a definir, pero sí a delimitar la bibliofilia de Moñino, creo que sería útil considerar que era una bibliofilia fuertemente teñida de matiz estético. El ponía un «gusto» especial en todo lo que al libro se refiriera.

Dámaso ALONSO

Director de la Real Academia Española



Recuerdos

Veinticinco años de amistad insustituible

Por Miguel MUÑOZ DE SAN PEDRO

Conde de Canilleros y de San Miguel



ENACTAMENTE, un cuarto de siglo, veinticinco años, los últimos de su vida, fueron los de mi íntima unión y amistad entrañable con Antonio Rodríguez-Moñino, el insigne erudito e impar bibliófilo.

Siempre tuve noticias del extremeño que de manera tan intensa y sabia estaba consagrado a las mismas tareas que yo desde su infancia, pues publicó su primer trabajo en el periódico *La Libertad*, de Badajoz, a los catorce años, en 1924, habiendo nacido en Calzadilla de los Barros, el 14 de Marzo de 1910.

Pasé años sabiendo de sus actividades, pero sin relación directa. Fue en 1945 cuando nació la fraternal amistad que terminaría con su muerte, en 1970.

Fui a ver a Rodríguez-Moñino en Madrid, donde residía, con motivo de estar reuniendo datos para mi libro sobre el hercúleo paladín Diego García de Paredes. Descubrí en el primer contacto su enorme competencia, pues sin consulta de ficheros contestaba con categórica certeza a las preguntas, dándome importantísimas orientaciones bibliográficas y documentales.

Antonio vivía entonces retraído, en un voluntario aislamiento, pese a estar en la plenitud madura de sus treinta y cinco años.

La admiración causada en mí desde nuestra primera charla, abrió el camino a la amistad e hizo que pronto nos viéramos a diario, comenzando nuestras reuniones en el Café Gijón.

A efectos de constancia histórica, quiero consignar que la mas tarde famosa tertulia de Rodríguez-Moñino, conocida en el mundo entero, nació por un impulso mío. Yo saqué de su retiro al gran erudito, sin

que por esto quiera recabar mérito alguno, pues él fue quien puso todo lo que dio a las reuniones altura y rango.

Antonio había tenido varias tertulias a lo largo de su vida; pero las circunstancias le hicieron prescindir de ellas. Los trastornos posteriores a la guerra civil le llevaron al aislamiento voluntario en que se encontraba al iniciarse nuestro trato. Fue entonces cuando volvió a ir asiduamente al café.

La luego célebre tertulia nació con nosotros dos, solos Moñino y yo, en el *Gijón*, reuniéndonos, diariamente, desde las siete de la tarde hasta las nueve la noche.

Pasó tiempo sin que nos acompañara ningún otro amigo; pero, poco a poco, se fue rompiendo el aislamiento, formándose una tertulia semanal de extremeños, todos los lunes. Aunque los restantes días continuamos solos Antonio y yo, no tardaron en salpicarse en ellos visitas de los amigos llegados de Extremadura.

Entre los primeros contertulios semanales estaban los historiadores Gervasio Velo, Vicente Corraliza y Gonzalo Vega; el filósofo Pedro Caba; el poeta Delgado Fernández; el escultor Gabino Amaya; los literatos Manolo Sito y José Augusto Pérez Flores; los folkloristas Manuel García Matos y Bonifacio Gil; el pintor Indalecio Hernández; José Aguilar y María Luisa Chamizo, hija del gran poeta extremeño, entonces joven con aficiones literarias y hoy esposa del Embajador de Honduras en España.

Salvo Bonifacio Gil entrañablemente unido a Extremadura, todos los citados eran extremeños, residentes en Madrid.

De los paisanos que visitaban la capital, uno de los primeros en acudir al Gijón fue don Esteban Rodríguez Amaya, erudito sacerdote, director de la «Revista de Estudios Extremeños». Luego empezaron a llegar cuantos en la región tenían actividades intelectuales, figurando en la larga lista el profesor Orti Belmonte, el anciano sacerdote don Santiago Gaspar, el doctor Montes Bravo, el Marqués de la Encomienda, Julio Cienfuegos, Manolo Terrón, Jesús Delgado Valhondo, Pepe Díaz Ambrona, Manuel Pacheco...

En aquella tertulia, guiado por Rodríguez-Moñino, se forjó el resurgir extremeño que ha producido tantos frutos culturales. Gervasio Velo, en un artículo publicado en el cacereño diario *Extremadura*, lo destacaba así, incluyéndome cariñosamente en este comentario:

«Me interesa hacer constar que los impulsores y coordinadores del movimiento encauzado y apoyado por este grupo de paisanos que estudian, publican, proyectan y realizan, son los voluntariosos y bien preparados señores Rodríguez-Moñino y Muñoz de San Pedro.»

Quiero insistir en que yo puse en esto el impulso, la inquietud, para sacar a Antonio de su retraimiento y colocarle ante tareas y afanes; pero es suyo, nada más que suyo, todo el mérito de lo conseguido, porque gracias a su sabiduría y constancia se fueron canalizando los esfuerzos y se pudo llegar a las totales plenitudes alcanzadas, primero en el resurgir extremeño y luego en la famosa internacional tertulia del Café Lyon.

Alguien ajeno a Extremadura, que sería factor básico en este movimiento cultural, acudió muy pronto a las reuniones del *Gijón*, iniciando un contacto íntimo y permanente con Rodríguez-Moñino y conmigo. Me refiero a José María de Cossío, el conversador inigualable, más tarde académico de la Española. Su ingenio y su sentido del humor pusieron en la tertulia los matices de la alegría y de la gracia.

En 1917 se perfilaron dos ideas surgidas en las charlas con Antonio, que fueron las primeras manifestaciones patentes del renacimiento cultural de Extremadura: la Exposición del Libro Extremeño y las Asambleas de Estudios Extremeños. Antes de tales acontecimientos, en Abril de aquel año, Moñino pasó unos días conmigo en Cáceres, descubriendo durante una excursión a Alcántara los restos del Gobernador de las Indias, Frey Nicolás de Ovando, que se creían perdidos.

Convocado luego el *Premio Tomás Martín Gil*, en memoria del erudito cacereño fallecido, lo ganó Antonio con un magnífico trabajo sobre el tema marcado: «Los escritores extremeños en la obra de Cervantes».

El 23 de Abril de 1948 se le hizo entrega del premio en la Diputación provincial de Cáceres, donde dio luego una interesantísima conferencia sobre el poeta alcantarino Francisco de Aldana.

Seguidamente, en el salón del Ayuntamiento, se inauguró la I Exposición del Libro Extremeño, auténtico éxito sensacional en los ámbitos regionales, cuyo mérito corresponde íntegramente a Moñino. Suya fue la iniciativa lanzada en nuestras charlas y suyos la casi totalidad de los magníficos fondos bibliográficos expuestos, que instaló personalmente, con la ayuda de su esposa, María Brey Mariño.

No quiero silenciar el papel importante que en la vida de Antonio representó la esposa, compañera perfecta del erudito bibliófilo. Inteligente, culta, consagrada a tareas similares a las del marido, supo siempre darle ánimo y ayuda. Me di cuenta de ello en seguida, naciendo así desde el principio la verdadera simpatía y la auténtica amistad que siempre me unieron y me siguen uniendo con María.

El otro gran acontecimiento del 1948 fue la I Asamblea de Estudios Extremeños, celebrada en Octubre, en Badajoz. La iniciativa había surgido un año antes, en una de nuestras charlas en el *Gijón*, estando



El maestro Rodríguez-Moñino en la plenitud de su vida

de una de las más heterogéneas e interesantes tertulias del Madrid culto... El centro de la conversación lo constituían las consultas bibliográficas que todos le hacíamos a Moñino, especialmente los profesores extranjeros. Es admirable ver a Moñino contestar a un fuego graneado de preguntas difíciles. Admirable, por su conocimiento asombroso y por la generosidad con que siempre contesta, con que ofrece sus libros, sus ficheros, con que atiende a todos... Norma, que sin violencia, se cumplía inexorablemente en la tertulia de Moñino era la de no hablar de política. Ante las mesas del Café Lyon se agrupaban hombres de todas las ideologías en un ambiente de gran cordialidad... La tertulia tenía muchos ritos que imponía Moñino, sin proponérselo quizás, con su simple ejemplo. Así, la costumbre de don Antonio de hablar a los amigos de usted por mucha que fuera su intimidad y la mala opinión que tenía del improvisado tuteo... Otro de los ritos de la tertulia era una lácita jerarquización de los lugares en que se acomodaban los contertulios... Los asientos del diván eran ocupados por Cossío, Colombi, Moñino, Canilleros..., las sillas del otro lado de las mesas por los que no nos considerábamos merecedores de tal honor... Muchas gentes de todas las nacionalidades han pasado por la tertulia de Moñino... Sería casi imposible a menos de tener una memoria de fichero, como la de Rodríguez-Moñino, precisar etapas... Consultar con Rodríguez-Moñino era sin duda alguna el mayor atractivo de la tertulia para muchos contertulios, pero buen cuidado tenía Moñino de evitar que la tertulia se convirtiera en una cátedra o un consultorio. Aquí otra gran cualidad de este gran contertulio, la de saber darle un sesgo a la conversación cuando se tornaba demasiado erudita... Allí conocí a escritores a investigadores a profesores de las más diversas y alejadas universidades. Allí pasé horas inolvidables y aprendí en el ejemplo y en la obra de aquel mundo autoseleccionado por la amistad y la admiración a Rodríguez-Moñino».

Páginas y páginas se necesitarían para recoger la lista completa de los que desfilaron por la tertulia de Lyon. En el elemento femenino, junto a la asidua Condesa de Romanones y de Quintanilla, figuraron la Condesa de Yebes, María Luisa Caturla, Amparo Soler, profesoras de diversos países, estudiantes y mi nieta Beatriz, por quien Antonio, que estuvo en su bautizo en 1950 y la vio llegar al tercer año de Derecho, sentía una gran predilección.

Entre los centenares de profesores, eruditos y literatos de las más diversas procedencias, estaban Marcel Bataillon, Cook, Vasconcelos, Keniston, Claveria, Schoemaker, Guillermo de Torre, Arocena, Uranich, Rivers, Cardenal Iracheta, Martínez López, Asensio, Norton, Wilson,

Denaursón y Lamb, Premio Nóbel de Física Nuclear, al que presenté en la tertulia, juntamente con su esposa, Ursula Schaffer, profesora de Historia, que publicó con prólogo mío un libro sobre el gobernador de las Indias, Frey Nicolás de Ovando.

Con variaciones a lo largo de los años y con más o menos asiduidad, figuraron en el grupo básico, entre otros muchos, los académicos hermanos Cossío, José María y Paco, Dámaso Alonso, Camilo José Cela, Gerardo Diego, Zamora Vicente, Díaz Plaja, el padre López de Toro, el marqués de Saltillo, Caro Baroja y García Bellido, con el conde de Lombi, K-Hito, Cervera, Gaya Nuño. Joaquín del Val, Correa Calderón, Emiliano Aguado, Alonso Gamo, Ramón Solís, Maldonado, Martínez Barbeito, el duque de Tovar, Alarcos, Gallego Morell, José Luis Cano, Antonio Pérez Gómez, Fernando Lázaro Carreter, Paco García Lorea, el marqués de Morbecq ...

Extremadura siguió presente en la tertulia, con muchos de los ya citados en el grupo primitivo y con Ortega Muñoz, Alfonso Díaz de Bustamante, Alvaro Cavestany, el marqués de Cerverana, el vizconde de Torre Hidalgo, Antonio Floriano, José Miguel Lodo de Mayoralgo, Manolo Muñoz Cortés, Jacinto García-Monje, Pérez Alonso, el vizconde de Peñaparda ...

No faltaron en ocasiones los jóvenes literatos, como Sastre, Aldecoa, Sánchez Ferlosio y Quintos, cuando Moñino fundó la *Revista Española*, ni la nota destacada de la presencia del príncipe don Alfonso de Borbón, hijo del infante don Jaime y nieto del rey don Alfonso XIII, que yo llevé al *Lyon* y asistió bastantes veces a la tertulia, con gran complacencia de Antonio, al que le resultaba muy simpático el joven príncipe.

En la tertulia y en el trato constante y fraternal con Moñino se fueron salpicando tantos sucesos, que no me será posible hablar de todos.

En 1946 viví muy de cerca lo relativo a la muerte del millonario coleccionista José Lázaro Galdeano, que había puesto a Moñino al frente de su fabulosa colección de arte. El inmenso servicio que entonces prestó Antonio a España, ni se ha comentado, ni se le ha agradecido. Fue él quien llevó un notario al lecho del anciano moribundo, el cual otorgó testamento, nombrando heredero universal al Estado Español. Sin esta previsión espontánea y desinteresada, los tesoros se habrían repartido *abintestato* entre numerosos parientes que ni siquiera trataba el coleccionista. Gracias a Rodríguez-Moñino, España tiene hoy en Madrid un museo con la más importante colección particular del mundo y una enorme fortuna para sostenerlo en Parque Florido, el palacete construido por el millonario en la calle de Serrano.

Las inquietudes intelectuales sembradas en Cáceres con la Exposi-

ción del Libro Extremeño y la Asamblea, en 1948 y 1949, respectivamente, dieron el importante fruto de que el Ayuntamiento acordara destinar a Biblioteca y Archivo el magnífico Palacio de la Isla. En 1950 se formó un Patronato, bajo la presidencia del Alcalde, Curro Elviro, amigo íntimo, unido al grupo intelectual.

Informado Antonio por mí de esto en nuestras charlas, tuvo el rasgo generoso de depositar en el Palacio de la Isla su famosa Biblioteca Extremeña, por lo que en 1952 fue nombrado Miembro de Honor del Patronato de la Biblioteca Pública y Archivo de Cáceres. Esta vieja ciudad, cuyo antológico barrio antiguo es el más maravilloso, armónico y evocador conjunto monumental del mundo, fue siempre tema de las preferencias de Antonio, que actuó como más entusiasta propagandista. Suya es esta ingeniosa frase, que repetía a cuantos no la visitaron y que se ha hecho popular:

—No conocer Cáceres, no es una falta de cultura: es una falta de educación.

Aquel mismo año 1952, al morir López Prudencio, Patriarca de las Letras Extremeñas y único Académico representante en Extremadura de la Real Academia Española, Antonio fue elegido para ocupar la vacante, presentando su candidatura el doctor Marañón, Cossío y González Amezua. La importantísima labor desarrollada por Moñino en la Academia la patentizan las publicaciones que se encargó de dirigir.

Publicar fue siempre tarea constante suya. En 1953 editó el catálogo de una colección de manuscritos de Indias que guardo en mi archivo, el cual, quiso dedicarme, haciendo el verdadero alarde de consignar en la dedicatoria impresa sesenta y cuatro apellidos míos, colocados en su debido orden.

En Julio de 1956, el matrimonio Rodríguez-Moñino, con los condes de Quintanilla y un nutrido grupo de investigadores españoles e hispanoamericanos, me acompañaron en Trujillo a la apertura de la tumba del paladín Diego García de Paredes, marchando luego todos a ver las lápidas romanas de la finca Pascualete, propiedad de los Quintanilla.

En 1960 viví muy de cerca el incidente provocado por una incompreensión oficial, que puso el veto a Moñino en la Academia Española, cuando iba a pasar a una plaza de numerario. En contraste con la miopía del reducido grupo español promotor de ésto, en los Estados Unidos reclamaban a Antonio para regir una cátedra en la Universidad de California y la importantísima institución *The Hispanic Society of America*, de New York, le hizo su Vicepresidente.

Se iniciaron entonces los viajes de Moñino, las idas y venidas de Madrid a Berkeley o a New York, que durarían ya hasta su muerte. En

sus ausencias, Cossio y yo seguimos manteniendo el fuego sagrado de la tertulia del Lyon, que renacía pujante al regreso de Moñino, tras una decadencia en la que, como en los primeros tiempos con Antonio, hubo tardes en las que me encontré solo con José María. En muchas ocasiones nos acompañó el duque de Tovar, que en los últimos años era el más asiduo.

Sobre miopías e incomprensiones, el valer de Moñino terminó imponiéndose definitivamente. Su doctorado en Salamanca, en 1965, produjo sensación; en 1966 era investido Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Burdeos y los hispanistas norteamericanos le rindieron homenaje en dos magníficos volúmenes; en 1967 ocupó en la Real Academia Española el sillón de Sánchez Mazas.

Con el triunfo de Antonio coincidía la plenitud del resurgir regional promovido por él. En aquel año se reunió en Cáceres el I Congreso de Estudios Extremeños, del que me nombraron presidente y al que Antonio no pudo asistir por encontrarse en California.

Yo propuse en un artículo que Extremadura le tributara un homenaje, realizándose en 1968, durante el II Congreso de Estudios Extremeños, celebrado en Badajoz y presidido por Moñino con tal alarde de sabiduría, que produjo verdadera sensación.

Otro homenaje, el volumen dedicado a Moñino en la Revista de Estudios Extremeños, se publicó entonces. Yo lo había promovido y me encargué de reunir las colaboraciones, firmadas por Enrique Segura, Camilo José Cela, Diego Angulo, José López de Toro, Fernando Lázaro Carreter, Julio Caro Baroja, el marqués de Gauna, Joaquín del Val, la condesa de Romanones, Antonio Pérez Gómez, Starko B. Uranich, Elias L. Rivers, José Luis Cano, Ramón Solís, Felipe Maldonado, Rabanal Brito y yo.

El III Congreso de Estudios Extremeños se celebró en Plasencia, en Abril de 1970, presidido por mí. A Moñino, que no pudo asistir por estar ya enfermo, se le nombró Presidente de Honor.

Vacante en 1967 la plaza de Académico de Extremadura en la Real Academia Española, por el pase a numerario de Antonio, éste, que se encontraba en Berkeley, dándome una muestra de su gran cariño, me escribió apremiándome para que presentase mi candidatura. No quiso quedar un cabo suelto e incluso me mandó, de su puño y letra, con su asombrosa caligrafía perfecta, el borrador de la presentación, a fin de que se copiara a máquina y lo firmasen tres Académicos amigos, uno de ellos, lógicamente, Cossio. Los otros dos fueron José María Pemán y Camilo José Cela.

Presentada mi candidatura y elegido por unanimidad, Antonio vol-

vió a escribirme, con su enhorabuena y diciéndome que no comprara la medalla pequeña de la Academia, para el ojal, porque quería regalármela. Desde Berkeley hizo las gestiones, y en muy poco tiempo tuve en mi poder la insignia, que conservo con la mayor ilusión y uso con orgullo, por haber pertenecido a una figura de valía tan excepcional y a un amigo tan verdadero.

Cuando en Marzo de 1970 regresó Antonio de América, estábamos en los preparativos del Congreso de Plasencia, en el que se anunció que sería uno de los cinco ponentes. Los otros éramos el marqués de Lozoya, García Bellido, Caro Baroja y yo.

Desde Cáceres, donde me encontraba, me puse al habla con el domicilio madrileño de Antonio. Hablé con María, la cual me dijo que él estaba enfermo y no le era posible hablar, ni asistir al Congreso.

Al llegar a Madrid fui a verle y no me hizo mal efecto, pues estaba vestido, moviéndose por la casa, pálido y delgado, pero con el espíritu y la entereza de siempre. Para más tranquilidad, María me aseguró en un aparte que no se trataba de nada maligno, como pensaron en un principio.

Convencido de que todo había pasado y de que se encontraba en la convalecencia, continué visitándole en su casa, la número uno de la calle de San Justo; pero descubrí muy pronto que, lejos de mejorar, cada vez iba a peor, encontrándole más delgado y débil. Era una decadencia vertiginosa, con la agravante de que, en realidad, ignoraban cual fuese su padecimiento. Hasta pocos días antes de su muerte no se supo que era lo maligno, con la rara modalidad de una localización en las glándulas linfares.

Antonio llegó a ser un esqueleto viviente, pues perdió unos treinta kilos de peso, habiendo sido siempre delgado. Sin embargo, no se daba cuenta de la gravedad, continuando con el mismo espíritu, convencido de su próxima curación.

El 9 de Junio acompañé a casa de Antonio a Cossio, que no le había visto desde el regreso de América. Vino con nosotros el duque de Tovar. Charlamos como si nada sucediera, como si todo fuese igual que siempre. Al salir a la calle, José María, que iba a marchar a Tudanca, nos dijo, profundamente impresionado, que estaba seguro de haberse despedido definitivamente de Antonio.

Volvi a verle el viernes, día 12. A solas, como en tantas ocasiones, nos estuvimos ocupando con toda normalidad de las cosas extremeñas, aunque él apenas podía ya sostenerse y yo estaba haciendo un enorme esfuerzo por disimular mi pena. El 13, festividad de San Antonio, le felicité por teléfono.

Al día siguiente se supo, por fin, cuál era la enfermedad, trasladándole enseguida a la Clínica Covesa, en la calle del General Mola.

En la habitación número 507 de esa clínica, a las dos y cinco de la tarde del sábado, 20 de Junio, último día de la primavera de 1970, murió, plácidamente, sin darse cuenta de que llegaba el fin, Antonio Rodríguez-Moñino. Había tomado un zumo de fruta y estuvo leyendo el *ABC*. Luego inclinó la cabeza en la almohada, dejando de existir, cristianamente, porque días antes le administraron los Santos Sacramentos.

Fiel a nuestra consigna de veinticinco años, aquella tarde fui a presidir la tertulia del Lyon, solo, porque Cossio había marchado a Tudanca. Asistieron a ella el duque de Tovar, José Luis Cano, González Muelas, López Estrada, Gálvez Cañero y Polt.

Después salimos juntos el duque y yo, marchando a Covesa. Allí estaban, con el cadáver de Antonio y con la esposa, Isabel García Lorca y Dámaso Alonso. Algo más tarde llegaron Paco García Lorca y el hermano de Moñino, Rafael, que venía de ocuparse de lo relativo al entierro. Sentados en un pequeño sofá Dámaso y yo, evocamos durante largo rato la figura inmensa del amigo perdido.

En realidad, todas las horas de aquella noche y del día siguiente fueron para mí de evocación. El cuarto de siglo de amistad entrañable y fecunda, desfilaba por mi mente. ¡Cuántas cosas vivimos juntos y cuántas enseñanzas recibí de Antonio!

Yo recordaba al Moñino erudito y bibliófilo, asombrosamente sabio; al Moñino cordial, de la ayuda a todos; al Moñino intransigente con la ignorancia; al Moñino que jamás tuvo la ideología que le atribuyeron envidiosos enemigos, pues no era más que un liberal, católico y con tantos conceptos rígidos y tradicionales, que yo le decía siempre en broma que a él le cuadraba el ser carlista.

A las seis menos cuarto de la tarde del domingo, 21 de junio, cuando nacía el estío, desde la Clínica Covesa fuimos a la Sacramental de San Justo, para dar sepultura a Rodríguez-Moñino. Académicos, eruditos y escritores escoltaron su fèretro.

Cuando se cerraba la tumba de Antonio, yo sentía con inmensa pena en mi pecho los martillazos que iban encajando los ladrillos, porque con ellos se cerraba también un periodo magnífico de mi vida, un cuarto de siglo de ilusiones, trabajos y plenitudes; una etapa decisiva en mi camino, en el camino maravilloso de veinticinco años de amistad insustituible . . .

Horas juveniles



nuestro lado, Antonio Rodríguez-Moñino despertó su inusitada afición a la bibliografía. Era, entonces, en Badajoz un foco de cultura la biblioteca de la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Su historia, nos habla de la intensa labor realizada en nuestra capital.

López Prudencio, sobre todo, y, mi humilde persona, nos dimos cuenta de que a su futura profesión de abogado prefería sentarse horas y horas, confrontando fichas y libros, con un entusiasmo impropio de su edad juvenil, y esto contra los deseos de su señor padre, que nos reñía amistosamente por alentar en sus aficiones bibliográficas al que fue luego, uno de los mejores, tal vez el mejor de los bibliófilos españoles, entre la admiración de nacionales y extranjeros.

Antonio Rodríguez-Moñino, de carácter, tal vez, un poco adusto e independiente, ocupó los puestos más señeros en Universidades de los EE. UU., alcanzados por su talento y su voluntad.

Cuando se ausentó de la provincia, lo recomendamos a don Ramón Menéndez Pidal, que lo acogió como se merecía.

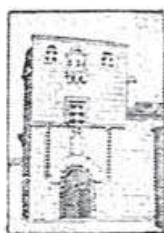
Contar paso a paso su trayectoria estudiantil en Badajoz, y, luego, sus rápidos progresos en Madrid y fuera de España, nos llevaría a ocupar un espacio ajeno a la limitación de la tarea que nos han encomendado.

Fue su modo de ser tan personal desde muy joven, que en sus ponderados juicios sobre su profesión, conquistada a fuerza de en-

extraordinario saber de ese extremeño archidotado que se llamó don Antonio Rodríguez-Moñino, en cuya afanosa existencia no hubo vocación más intensa, ni más halagada, que un certero adentrarse en la florida selva de nuestros patrios archivos y bibliotecas, tonificándose con su inefable aroma, y dándonos ópimas cosechas de su incesante laborar en campos tales, hasta lograr que su nombre quede como paradigma de estudiosos y de críticos, para afianzarnos el recuerdo de su personalidad en las recatadas y umbrosas parcelas de la nostalgia, ojalá fácil para el ejemplo bien aprendido.

Dalmiro de la VÁLGOMA Y DÍAZ-VARELA

de la Real Academia de la Historia



HA MUERTO UN AMIGO



A muerto don Antonio Rodríguez-Moñino. No quiero aquí resaltar su tan conocida faceta de erudito y escritor, tan notoria. Voy a hablar de don Antonio, hombre. De don Antonio Rodríguez-Moñino hombre bueno y caballeroso. De don Antonio hidalgo extremeño integérrimo e intachable.

Su carácter era enterizo e inflexible, pero podía serlo. Cuando un hombre ha sido honesto consigo mismo puede ser exigente con los demás. El nunca se doblegó ante la incomprensión, y la envidia rastrea y miserable de sus émulo. Los que tengan la idea de que Moñino era una especie de Voltaire del siglo XX se equivocan. Moñino era cristiano y un cristiano practicante y consecuente. Era algo anticlerical, eso sí; pero tal como están las cosas, el ser anticlerical va a acabar como cosa de gentes de derechas. En política internacional fue anti ruso siempre. A achacaba el fracaso de nuestra segunda República a que los gobernantes trataron de contar con el pueblo. Y decía: «las reformas si hay que hacerlas, se hacen; pero sin consultar a nadie». La masa es estulta. El pueblo orgánico, vertebrado en sus clases y estamentos es otra cosa. Pero hoy no hay pueblo, hay masa, y la masa es ciega.

Antonio Rodríguez-Moñino cultivaba una extraña fruta en el panorama español: la amistad. El daba la cara por los amigos hasta la muerte. Su generosidad era ilimitada. Lo mismo en comunicar su ciencia que en la ayuda al prójimo. Y en su magisterio era sencillo y directo, lejos de la seriedad de algunos adustos profesores que disimulan su ignorancia con su desabrido aspecto y su esoterismo.

Su curiosidad era inmensa. Era un extremeño universal. Frente al erudito de pueblo, cicatero y limitado, su amplio saber, su corazón abierto y su mente clara, ávida de conocer. Era un extremeño, amante de su tierra como el que más, pero volcado a lo universal. Las polémicas puebleras entre eruditos comineros le producían repulsión.

Era algo explosivo: por algo era de la casta de los Pizarros y los Monroyes, de los Corteses y los Alvarados. La blandura y las componendas, para otros temperamentos más pasados por agua que el suyo.

Hizo por España en el extranjero mucho. Y yo le he visto indignarse y defender a nuestra patria como un bravo ante las patrañas y las insidias que intelectuales de otras tierras proferían contra nuestro pasado y nuestro presente. En Berkeley y en toda América mantuvo bien enhiesto el pabellón de España. Y siempre con nostalgia, de su Extremadura, de su Madrid y de su España. La última vez que cogió el barco para América dejó su biblioteca y su casa de la calle madrileña de San Justo con muy pocas ganas. Pero América fue más generosa con él que España. Le pasó igual que a sus antepasados los que sembraron Españas allende el Océano.

Perdimos a un gran sabio, cosa triste para España, y los amigos perdimos un hombre bueno. Dios sabrá contar sus cordiales virtudes una a una y sabrá disculpar sus viriles defectos, fruto de su temperamento, que no de su intención que era recta y limpia siempre. Moñino, tenía el corazón blando y el espíritu duro.

Su tertulia del madrileño café «Lyon» era un aula abierta. Pero allí no iba cualquiera, porque el que quería acercarse al maestro, daba pues ya muestras de ser inteligente y curioso. Los tontos, le caían bastante mal a don Antonio, aunque los aguantaba en medio de la corrección y aún de la cordialidad. Pero por espíritu cristiano y caritativo, que no por gusto. Alguien de vez en vez iba al «Lyon» a soltar su larga perorata de floridas variedades y con olímpica sonrisa aguantaba el chaparrón Antonio R. Moñino. Y allí, respondía a las preguntas más increíbles y arcanas. Sabía de todo, hasta de lo que le importaba nada o casi nada. Por ejemplo, de genealogía e historia nobiliaria, materias que le interesaban muy tangencialmente, sabía más que muchos que llevan lustros dedicándose a ellas. Y cosa importante, en su tertulia no se hablaba mal de nadie. Entre sus amistades se contaba toda la escala social. Desde el millonario, el aristócrata y el polígrafo, al limpiabotas y el futbolista de tercera división.

Era hombre de mucho sentido del humor, vaya esto para quienes le tuvieran por una especie de adusto monstruo de la erudición. Y era algo para mí muy importante: un caballero español. Era señorial su



Rodríguez-Moñino ingresó con todo honor y merecimiento en la Real Academia Española en 1966.

porte, sus maneras, su trato, su conversación. Era elegante por dentro y por fuera. Fiel e inteligente colaboradora suya fue su mujer, doña María Brey Mariño, de galaica progeñie, autora de interesantes estudios literarios y estímulo constante para el Maestro. Doña María ha sido digna compañera del ilustre hombre de letras desaparecido.

Moñino sólo vivió 60 años y dejó ingentes frutos de su agudeza, buen gusto e incansable laboriosidad. Si llega a vivir cien años como Gómez Moreno, hubiera sido como otro Menéndez y Pelayo. Pero Dios, viendo su cuerpo cansado de luchar a brazo partido en esta vida de destierro que es la de aquí abajo, se lo llevó al Cielo, donde podrá disertar de todo con sus colegas que hicieron el viaje definitivo antes que él. Allá en el cielo todo está claro y el agudo problema de interpretación se torna diáfano. En un cénico *Lyon* charlará con Arias Montano, con Forner, con Gallardo, Díaz Tanco, Pedro de Valencia, sus amigos y paisanos de de otros tiempos, cuyas vidas rastreó a través de los papeles de los Archivos y que ahora ya no tendrán secretos para él, pues en el cielo repito, todo es perfecto y patente.

Adios, don Antonio. ¡Hasta siempre, MAESTRO!

Alfonso de FIGUEROA Y MELGAR
Duque de Tovar



Antonio Rodríguez Moñino

UN ESTILO DE TRABAJO



He escrito bastantes cosas sobre Antonio; en algunos de los libros reimpresos durante mi actividad editorial que tanto debe a sus sugerencias; en el número homenaje que —en vida— le dedicó la *Revista de Estudios Extremeños*; en el *impromptu* elegíaco escrito, teniendo ante mis ojos su esquila mortuoria, que publicó *Papeles de San Armadans*.

Cuando Miguel Canilleros me hizo el honor de pedirme que colaborara en este número que le dedica, después de su muerte, *ALCÁNTARA*, pensé poner de relieve un aspecto poco divulgado del carácter de Antonio, y quizá el más importante en su casi continuo quehacer de mentor de trabajos ajenos que, una vez terminados, se sometían a su definitivo juicio: su exigencia y su rigor a dar el visto bueno a cuanto no hubiese alcanzado el punto de perfección, humanamente posible, de acuerdo con los elementos de estudio a disposición de todo investigador en ese momento. Demasiado sabía él, y repetidas veces lo confesó, lo imposible que es agotar un tema y, más aún, lo arriesgado de pretender decir la última palabra sobre el tema estudiado. A cada momento se descubren fuentes nuevas que convierten en provisorio aun el trabajo realizado con más minuciosidad.

Guillermo Díaz-Plaja, en *La Vanguardia Española* de Barcelona, del día 15 de Julio último, en la sección de «Notas a la actualidad cultural» —recorte que debo a don Jaime Rosquellas, gran amigo de Moñino y mío—, dedica algo más de medio centenar de líneas, llenas de auténtica emoción a la muerte de Antonio y pone de relieve su intransigencia ante la obra mal hecha y ante los ademanes torcidos,

y —con certero instinto crítico—, considera tal intransigencia como basada en una exigencia de la conducta, que le valió el verse pronto rodeado de gran copia de amistades de prestigio, y le permitió alcanzar el más alto renombre mundial como investigador y maestro de investigadores.

Yo recuerdo, y cuando le conté la anécdota a Antonio, tres o cuatro semanas antes de su muerte, la recibió con alegres carcajadas de regocijo, que en una ocasión acudí al excelente amigo de ambos, el profesor Edward M. Wilson, rogándole me indicase el más acertado vocablo castellano para traducir el inglés *uncompromising*, que no era ni «exigente» ni «intransigente», ni «severo», ni «inflexible». Me contestó, consciente de esa dificultad, con una frase definitiva: «*Uncompromising*, es Moñino cuando se somete a su juicio un trabajo hecho a prisa y sin el rigor y cuidado que él aconseja con su propio ejemplo, o cuando juzga una conducta no ajustada a las normas vigentes de honestidad».

Distinguía Antonio, cuando se buscaba su orientación y consejo por eruditos e investigadores, dos clases de trabajos. Los que se ejecutaban en cumplimiento de exigencias de carácter docente y con la tiranía de un plazo insoslayable, y aquellos que nada —salvo la vocación investigadora— obligaba a realizar, y sin plazos impuestos que no permitieran al investigador llevar a cabo su estudio sin prisas, siempre incompatibles con toda labor seria.

En los primeros, Antonio se excedía en su ayuda al estudioso, en lucha contra el tiempo, poniendo a su alcance, con rapidez, los elementos de trabajo cuyo acopio hubiese precisado consumir gran parte del plazo disponible. No pocas veces, parte del trabajo había salido de su pluma. Y al final su tolerancia era generosa, consciente de las dificultades que envuelve lo que él jamás hizo: trabajar contra el reloj. Y nunca dejaba de alentar al autor, a aprovechar lo hecho para base de futuros estudios, más meditados, sobre el tema.

Pero cuando un estudioso, se lanzaba a un quehacer que ninguna exigencia le imponía, y pretendía estudiar un autor, una obra, una época, con el propósito legítimo de divulgar luego el fruto de su investigación, en una revista o en un libro, sin que plazo alguno le obligara a trabajar con peligrosas prisas, cuando se sometía a su juicio el trabajo realizado. Antonio solía ser de una rigurosa severidad, tanto más acentuada cuanto en mayor escala se habían desoído sus consejos.

Eran éstos, tres fundamentales, los que él mismo se imponía y seguía.

Primero, la revisión de las fuentes bibliográficas; la corrección y denuncia de errores o inexactitudes enquistados por la repetición sucesiva de datos y afirmaciones mendaces, mantenidos porque nadie se cuidaba de comprobarlos. Es preciso en toda labor seria investigadora, rehacer el estudio de las fuentes fundamentales, y conseguir, y poder ofrecer al lector el cimiento básico de datos ciertos, conocidos en el momento en que el estudio se realiza.

Segundo, el estudio directo de todos los textos asequibles, impresos y manuscritos, existentes de la obra cuyo estudio o edición crítica se proyecta, no respetando anteriores lecturas sin comprobar personalmente su fidelidad. El investigador, acopiadas sus fuentes con rigor, ordenadas, clasificadas y descritas con la mayor corrección bibliográfica, debe construir la lectura que suponga más fiel, exponiendo las razones que le han conducido a ello.

Y tercero, el deber de aportar novedades de suficiente importancia en el estudio que realiza, con mejora sustancial de los resultados obtenidos por los que le precedieron. Para repetir lo ya conocido, están los libros de texto, las historias de la literatura, los manuales para el adoctrinamiento de alumnos y las ediciones de textos con esencial finalidad docente. Pero quien, con vitola de investigador, quiera volver a explorar selvas que otros recorrieron, por considerar provisorio o insuficiente lo que anteriores buscadores encontraron, viene obligado a salir de ellas con más rico botín y con nuevos descubrimientos que ofrecer al estudioso. Y si en su quehacer aspira a llevar a cabo una labor de crítica, debe destacar debidamente lo que cosechó en heredad ajena y lo que aporta de propia minerva, exponiendo siempre, con claridad y precisión, el discurso dialéctico que le ha conducido a las interpretaciones y juicios novedosos.

Antonio podía exigir de los demás la observancia de estas sabias normas, porque él las siguió con tal rigor, durante lustros que dedicó, preferentemente, a editar, con toda meticulosidad y con estudios previos bibliográficos de inexcusable conocimiento, los textos fundamentales para el estudio de nuestra lírica popular. Su aspiración —yo me la sé de coro por haberle prestado en alguna ocasión mi modestísima ayuda— era la que todo estudioso pudiese disponer, en el más breve plazo posible, de correctas lecturas de esos textos fundamentales, singularmente en el rico acervo de nuestros romanceros y cancioneros.

Gracias a él disponemos ya, desde hace años, de cuidadísimas ediciones, de mundial renombre, de las obras más raras y más importantes en ese campo de nuestra literatura. Al alcance de todo in-

investigador se encuentran ya las *Fuentes del Romancero General*; la primera edición del *Cancionero de Casilla*, con mención de lo añadido o suprimido en sus posteriores recreaciones; la *Segunda parte del Cancionero General*, todo ello en facsimile. Y están al alcance de todos, cuidadas reimpressiones de los Romanceros, Silvas y Cancioneros más importantes; las *Rosas* de Timoneda, el *Romancero* de Sepúlveda, las colecciones de pliegos poéticos del siglo XVI de la Biblioteca Universitaria de Munich y de la del Marqués de Morbecq, el ingente inventario de manuscritos de *The Hispanic Society of America...* y prestas a ver la luz en plazo muy breve, las colecciones de romances del Cid, de Tortajada, de Valdivielso... y el catálogo de pliegos poéticos anteriores a 1601, con índices de primeros versos que simplificarán en lo sucesivo, el estudio de la tradición de nuestra lírica popular.

Esa inverosímil riqueza de fuentes, ha sido acopiada por un solo hombre, sin protección oficial, a fuerza de vigiliadas, de desplazamientos por bibliotecas españolas y extranjeras, y divulgada, señorialmente, para ajeno provecho y constituye el trabajo más importante del mundo en materia de investigación. Y con esa riqueza de materiales, pausadamente, porque él sabía que el «genio es solo una larga paciencia», estaba Antonio redactando sus tres obras cumbres: el *Manual de cancioneros y romanceros*, el *Estudio crítico sobre la tradición de nuestra poesía popular hasta el Romancero General*, y el *Manual de consejos y normas de investigación* en ese sector de la literatura castellana. Las tres obras se encontraban a falta de sus últimos retoques, y todos esperamos que sean terminadas y publicadas por quien, a todo lo largo de su vida, le ayudó a formar un hogar feliz, y fue eficaz y valiosísima colaboradora en esa inmensa e inverosímil labor.

Muere Antonio Rodríguez Moñino, en plena madurez, cuando el árbol da sus frutos y jugosos. La muerte, que «cuando viene airada todo lo pasa de claro con su flecha» se lo llevó a destiempo.

«Mas como fuese mortal
metióle la muerte luego
en su fragua.
¡Oh juicio divinal!
Cuando más ardía el fuego,
echaste agua.»

Antonio PEREZ Y PEREZ

C. de la Real Academia Española en Murcia.

CUANDO CONOCI A RODRIGUEZ-MOÑINO



UE muy avanzado ya el primer tercio del siglo XX.

Cerca de 1921; pero era todavía Badajoz un Badajoz neo-romántico, amurallado, prócer, paeblerino y recoleto. Guardado, custodiado y ceñido por sus bastiones, torres, puertas y murallas, presentaba el perfil romántico y encantador de su prestigio militar y fronterizo. Todo entonces era en él íntimo y señorial con el perfil gracioso y delicado de las pequeñas cosas. Cosas éstas íntimas de una ciudad pequeña y distinguida, cuyos ecos resonaban en el ámbito de su devenir tranquilo y cotidiano, como en el interior de una sonora caracola...

Badajoz pues, era entonces fino, íntimo y provinciano.

Todo el mundo se conocía y saludaba en el campo de San Juan y en la plaza de San Francisco.

Los tranvías venían desde la estación de ferrocarril tirados por troncos de mulas sobre railes, que terminaban en la calle del Obispo. En San Juan había aguaduchos para vender horchatas y refrescos. Y en el amplio paseo de San Francisco daba conciertos zarzueleros jueves y domingos la banda municipal, mientras el «todo Badajoz», chicas y chicos luciendo sus mejores galas daban vueltas y más vueltas a una «noria» sin fin. Otros días, generalmente domingos y días de fiesta, era el Paseo de Castelar, únicos jardines por entonces, el campo de sus expansiones juveniles.

Tenía un teatro de delicado empaque y sabor isabelino con palcos y plateas decorados en rojo terciopelo que era de una fina elegancia.

Tres cafés, de graciosa decoración, llenos siempre de público, «su público» El *Mercantil*, La *Estrella* y El *Mundial*...

El *Mercantil* a la entrada de la calle de San Juan, con su techo donde en buena pintura y de una manera simbólica, estaban representadas las cinco partes del mundo en figuras de mujeres hermosas. El de La *Estrella*, con sus lunas venecianas y sus grandes divanes de terciopelo rojo a todo lo largo de las paredes, donde siempre tocaba un cuarteto o sexteto música clásica, y donde se reunían los jóvenes amantes de las letras, poetas, pintores, literatos, periodistas en reunión de tarde, tertulia bastante bulliciosa en torno al vaso de café. Ese buen café que al decir de los entendidos sólo se tomaba en Badajoz... Y El *Mundial* de la Plaza de San Juan, lleno de lacas y japerías y de falsos marfiles y dorados.

Pues bien, en aquel Badajoz, que celebraba Juegos Florales, tenía Ateneo literario, había batalla de flores por la feria, y compañía de Zarzuela todos los inviernos en el elegante coliseo isabelino de la Plaza de Minayo, conocí por aquella época siendo estudiante en el Instituto de Segunda Enseñanza, a Antonio Rodríguez Moñino. Yo estudiaba el último año del Bachillerato; él, Antonio, estudiaba el quinto año. Iba a la tertulia nuestra muchas tardes y ya por sus preguntas y la inquisitiva mirada de sus agudas pupilas tras el claro cristal de sus gafas, se adivinaba el sereno juicio y la fina percepción del hombre señero que empezaba a madurar en él. Acudía allí, incipiente y avisado, donde se reunían hombres de letras. Entonces Badajoz contaba con una brillante pléyade de ellos: López Prudencio, Conde Rivallo, Antonio Teixeira, Luis Bardaji, Manuel López Lagos, Enrique Segura Otaño. —afortunadamente presente aún en estas lides— y Antonio, jovencuelo aún, «el espino que ha de nacer con punta nace», ya velaba sus primeras armas en las revistas y periódicos de aquella época, con gracia y agudeza, que sería «plenitud» después. La vida nos separó, como siempre pasa. Yo estudié en Sevilla, él en Salamanca. Pasaron años y años. No tantos como para enterrar afectos y recuerdos. Ya sabemos que ni los años de un siglo son más que unas breves gotas de agua en el océano de ese mar que es la gran clepsidra en la eternidad del Tiempo.

Un día estando yo en Cáceres, vino a Mérida invitado por el arqueólogo y entrañable amigo Pepe Sáenz de Buruaga, a dar una conferencia en el Liceo de esa ciudad para mí tan grata en el recuerdo. Versó la conferencia, si mal no recuerdo, sobre los «tesoros ocultos».

Miguel Canilleros, que ya tenía casa en Madrid, había conocido a Antonio a raíz de la publicación de su libro «García de Paredes». Frequentaba su tertulia del *Café Lyon*, junto a José María de Cossio y otros

eminentes hombres de letras. Con varios amigos de Cáceres fuimos a escuchar la conferencia. Yo había conocido siempre a Antonio por su doble apellido Rodríguez-Moñino. A mí me hablaban de Moñino, a secas, y este apellido a mí no me sonaba, así pues, después de muchos años de no verlo, yo no tenía ni idea del conferenciante al que iba a escuchar.

Barajaban el nombre de Moñino como persona destacada y gran relieve, y esperábamos los llegados de Cáceres que Moñino bajara, en el recibidor del Parador de Turismo. A mí para presentármelo, y ellos con la satisfacción de ser los amigos ya del personaje central del día. Esperábamos para irnos todos al Liceo, porque la hora de la conferencia se acercaba. Estábamos frente a la escalera por donde había de bajar para reunirse con nosotros.

Mi sorpresa no tuvo límites, cuando al reconocirme me dio un fuerte abrazo, ese abrazo que da la amistad labrada en la juventud, cuando se enfrenta con la madurez al paso de los años. Miguel Canilleros comentaba con los amigos y con su secretario: «¡Anda, pues si es Antonio el único que le habla de tú, Moñino a él y él a Moñino!».

Desde entonces volvió a reanudarse nuestra amistad de siempre, para no romperse jamás.

Siempre que he pasado por Madrid en mis breves temporadas he asistido puntualmente a su tertulia de tarde, notable tertulia del café *Lyon*, frente a la puerta de Alcalá, donde él con su gracia y sencillez propia de la sabiduría de buen cuño, ponía cátedra de un polifacético y elegante bien decir, en cosas, personas y materias.

Una tarde habló conmigo de la *matanza* extremeña, y era una delicia oírle hablar de esta cosa tan típica, tan succulenta, tan nuestra, en sus más mínimos pormenores y detalles. Como Donoso Cortés, era universal y provinciano, siempre preocupado por todo lo que se refiriese a Extremadura en los más múltiples aspectos.

Su recepción académica fue apoteósica. No he visto el salón de actos de la Real Academia de la Lengua, más lleno y más expectante que en el día solemne de su ingreso. Todo lleno, las gentes, y gentes de pro, estaban de pie en galerías y pasillos.

Una lección magistral, única, señera, impar, su disertación sobre «Poesía y Cancioneros del siglo XVI».

Al terminar, la gran ovación duró minutos. Tal vez haya sido una de las mayores que hayan escuchado los muros de la docta casa. Aguda e intencionadamente le contestó con garbo Camilo José Cela.

Pocos meses después presidía como representante de la Real Academia Española al II Congreso de Estudios Extremeños. Ante el brillo

«En la Hispanic Society of America - nos acaba de escribir desde Nueva York su presidente A. Hyatt Mayor, ilustre hispanista - recordamos los diez meses extraordinarios cuando don Antonio y doña María estaban aquí preparando su catálogo impecable de nuestros cancioneros. Semana tras semana se sentaban frente a frente en una mesa cerca de la ventana y aunque trabajaban con atención absoluta, siempre hablaban, como toda persona verdaderamente ocupada, unos minutos para trozos de conversación ingeniosa y amable. Estos días felices los recordamos como una época dorada de nuestra historia...»

La gigantesca labor de Rodríguez-Moñino en la investigación literaria le conquistó el aprecio y el respeto de las más eminentes personalidades a ambos lados del océano.

En la fotografía de abajo le vemos acompañado de dos ilustres académicos: Camilo José de Cela y Rafael Lapésa, bien conocido novelista de fama mundial el primero y Secretario de la Real Academia Española, el segundo.

Por Antonio López Martínez



FIN DE UNA TERTULIA



O he asistido muchos, muchos años a una singular tertulia literaria, en Madrid. A esta gozosa y civil compañía, acaso no volveré más. Porque su razón de ser era una figura humana, de cuyo personal magisterio emanaba aquella suerte de autoridad que se reconoce tácita pero indiscutiblemente. Y esta figura, entre el sobresaltado estupor de todos, se nos ha ido para siempre.

Me refiero a Antonio Rodríguez Moñino, cuyo nombre me cuesta un infinito trabajo estampar orlado de un crespón funeral: tanto trabajo, que he dejado pasar unos días, como para cerciorarme de que era verdad; como no dando crédito a lo que se me dice de su ausencia circunstancial de la Universidad de Berkeley se convertía en definitivo, en irrevocable retorno a esta tierra madrileña a la que había regresado –se nos dijo– agotado por su esfuerzo intelectual. Pero nadie sospechó que se traía la muerte –su temprana muerte– consigo.

No es frase tópica. Creador de cultura desde precocísima edad, Moñino estaba ahora en su espléndido cenit de investigador. Generoso en su sabiduría, su tertulia del café Lyon de Madrid –y en esto radica su singularidad– era amable cónclave al que acudían en consulta especialistas de la literatura española, especialmente los hispanistas extranjeros radicados o de paso en Madrid. Para ello era –apoyado en su fabulosa memoria– el dato preciso, la información bibliográfica el detalle erudito que de él solicitaban, y que él vertía con sencilla y gozosa naturalidad.

Su bibliografía es impresionante, y le llevó a regentar una de las más prestigiosas cátedras de la Universidad de California –toda vez

que la Universidad española (como en tantos otros casos) no supo abrirle sus puertas. Que, en cambio, le abrió la Real Academia Española, en cuyo servicio había publicado, en ediciones intachables, importantes series –inéditas o mal conocidas– de nuestro Roman-cero.

Su sabiduría era una exigencia ética. Exigía rigor en todo: en el trabajo, en las ediciones, en la amistad. No pasaba por obra mal hecha, ni por ademanes torcidos. Por eso estaba rodeado de tan sólido prestigio profesional, y de tan claro consenso de amistades. Su intransigencia se hasaba, podríamos decir, en una exigencia de conducta.

Y no sé qué más decir. Recordar nuestro paralelismo biográfico y el de nuestra vida docente –catedráticos de Instituto en la misma oposición– me llevaría a un mundo de anécdotas que, por fuerza, quedarían minimizadas ante la tremenda, la gigantesca angustia en que nos ha dejado su desaparición. Pero no quiero dejar de recordar, en este momento, que su lúcida y apasionada vigilancia de nuestros tesoros bibliográficos me llevó a pedirle dictamen cuando propuse a la Diputación Provincial la adquisición de la «Biblioteca Teatral Arturo Sedó». Su informe fue, por informativo y entusiasta, decisivo; y es de justicia que yo lo recuerde, como dato importante ahora y aquí.

No. No es probable que vuelva a mi tertulia de tantos años, para no sentir (en el ángulo habitual donde se sentaba junto a José María de Cossío) su ausencia: el vacío de su silueta de fino hidalgo extremeño, mostrándome un manuscrito curioso o una edición difícil por su rareza....

... No es probable que vuelva.

Guillermo DIAZ-PLAJA

De la Real Academia Española



